EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 23. Tomo I.—MARTES 1.º DE OCTUBRE 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía: Caprara, por D. A. F. del Rio.—**Viajes, La Rábida**, por don José Amador de los Rios.—**Mi esperanza es un sueño, (poesía)**, por don Gregorio Romero Larranaga.—**Origen, progresos y extincion de la Orden de Malta, artículo primero**, por don Cayetano Rosell.—**Costumbres, Un viaje en Galera**, por don Antonio Flores.—**Santa Teresa de Jesus, artículo primero**, por don Gavino Tejado.—**Canciones de Beranger**, por don A. F. del Rio.—**Revista de la Quincena**, por don Juan Perez Calvo.—**Los dos alelíes (poesía)**, por don Pascual Fernandez Baeza.

BIOGRAFÍA.

CAPRARA.

A PRINCIPIOS de 1835, y en una de esas noches en que la fulgidez de la luna forma singular contraste con lo desapacible del tiempo, se abrian las puertas del teatro del Príncipe ante una concurrencia tan lucida como numerosa. Muchas veces se habia representado en temporadas anteriores la funcion anunciada en los carteles, y de seguro no era nueva sino para algunos de los que acudian ansiosos á poblar todas las localidades del coliseo: habíala elegido no obstante para su beneficio una actriz de incomparable mérito, y á esta circunstancia pudiera haberse atribuido la excesiva afluencia de espectadores á no ser porque aun despues de presentarse en las tablas la beneficiada, se pintaba la curiosidad en todos los semblantes, advirtiéndose al par en ellos esa especie de distraccion penosa, síntoma infalible de la mas vehemente impaciencia. Así pasaron los actos primero y segundo; mas al levantarse el telon para comenzar el tercero estalló súbito bajo las bóvedas del teatro una salva de estrepitosos y unánimes aplausos, prolongándose tan honorífica ovacion por espacio de algunos minutos.

Vestido se hallaba de prelado el actor que era objeto de ella: su figura estaba en perfecta armonía con la idea que formamos del personaje á quien representaba. Grave y magestuosa presencia, nobles y sencillos modales, venerable y apacible rostro, frente cana y rugosa, voz solemne y persuasiva, si bien algo debilitada por los años; ved aquí en bosquejo al arzobispo de Cambray, al distinguido autor del Telémaco: supongo que habreis reconocido en la copia al nunca bastante llorado don Joaquin Caprara, primer actor de carácter anciano en los teatros de la córte. No era otro el que en obsequio de la excelente actriz doña Concepcion Rodriguez se habia prestado á hacer el papel de Fenelon en la noche de que hablamos. Si de ella haceis memoria no podreis negarnos que en los palcos y lunetas se advertian mas calvas, pelucas y cabellos blancos que de costumbre entre las pobladas melenas, lánguidas hermosuras y nacientes barbas con que se anunciaba á la sazon para nosotros la sombría aurora del romanticismo. Parecia como si se hubiesen citado allí dos generaciones. Una de ellas se habia mostrado juvenil, lozana y briosa con espadin y chupa, calzon corto y media de seda, zapato con hevilla y casaca de boton de acero, coleta y polvos, sombrero de tres picos y capa de riquísima grana: acudia de paso á la botillería de Canosa á la vuelta de sus paseos: si transitaba por las calles aturdia sus oidos la algazara de las frenéticas orgías del favorito de Cárlos IV: si penetraba en los templos veia al príncipe de la Paz bajo magníficos doseles junto á la imágen del Crucificado. Esta generacion se habia hecho guerrera cuando tronó el heróico grito del Dos de Mayo, para transformarse en política á la vuelta de su deseado monarca. Con menos ilusiones en la mente y mas madurez en el juicio, ya casi habia olvidado que en dias menos azarosos la plaza de Toros y el teatro de los Caños del Peral figuraban como el centro de sus fiestas. Fuera ya de juego la Rita Luna y Romero, Maiquez y la duquesa de Alba, «no hay mas allá en espectáculos ni en aventuras» habia dicho; y para ella en vano vinieran de orillas del Betis Sevilla y Montes á ilustrar la tauromaquia, en vano se lanzáran la Concepcion Rodriguez y Cárlos Latorre á sustentar el arte de la declamacion á la correspondiente altura. Mas alguna sensacion habia de producirle sin duda leer el nombre de Caprara en el *Diario de Avisos* entre el número de actores, y decidió asistir al teatro por renovar memorias tanto mas dulces cuanto mas distantes. No de otro modo vino á mezclarse esa generacion que se retira de la haz de la tierra, con otra que sin violencia y sin pasar por el pantalon de punto y bota de campana, ha podido acostumbrarse á las trabillas; generacion menos afortunada que su predecesora, pues ha sentido tronar en su infancia el estampido del cañon, como funesto nuncio de fratricidas combates y acosada por contrarios vientos camina con incierto rumbo á través de repetidas borrascas. A pesar de los infortunios de su edad florida, cuando esa generacion sea caduca recordará como la memoria de un bien perdido los tiempos en que Caprara hizo su solemne despedida de las tablas, como la generacion, ya entonces decrépita, á pesar de sus desengaños recordaba la venturosa época en que aquel célebre actor saludó al público en los Caños del Peral por la vez primera. Y consiste en que el mundo, panorama inmoble, se nos muestra en nuestro fugaz tránsito, frondoso y ameno al principio, árido y espinoso en sus postreros límites: brindanos esperanzas entre sus rosas y la juventud las acoge anhelante, y convertidos despues en recuerdos son el único bálsamo que apacigua los tormentos de la ancianidad arrastrándose entre abrojos. Todos felicitaban con entusiasmo al eminente artista envejecido en la escena: testigos los ancianos de sus mas insignes triunfos adjudicábanle solícitos el último floron de su corona; y los mancebos, que solo por tradicion guardaban noticia de su mérito, confirmaban el fallo de sus mayores, aso-

ciándose espontáneamente al gozo que centelleaba en sus pupilas, y arqueaba sus lábios como si pronunciasen: «ved ahí á uno de nuestros hombres.» Por demas solemnes debieron ser aquellos fugitivos instantes para el buen Caprara; vibraban en su oido aclamaciones pronunciadas á coro por personas, que lejos de aquella ocasion y fuera de aquel recinto, no podian estar acordes en ninguna doctrina, en ningun sistema, separándoles de una parte el inmenso abismo de una revolucion con todas sus vicisitudes y todos sus trastornos, y de otra la enorme distancia de las edades con todos sus caprichos de frivolidad ó de dureza, de presuncion ó de intolerancia.

Vivo testimonio ha sido don Joaquin Caprara de que la patria de los artistas no reconoce otros límites que los del globo: cuéntale España con orgullo entre sus notabilidades, y le habia dado cuna Boloña, ciudad de los Estados pontificios, por los años de 1770 á 1772. Ni necesitaba haber florecido y brillado en la carrera escénica, para hallarse dignamente incorporado á la gran familia española, pues hijo de padres opulentos de nobleza, y no ricos de fortuna, unido por los indisolubles vínculos de la sangre con varones, que por su ilustracion y virtudes habian alcanzado la alta investidura del capelo, al abandonar sus hogares á consecuencia de disgustos domésticos, quiso que otra patria le adoptára de una manera solemne: por eso falto de recursos y de relaciones, decidió alistarse bajo las banderas españolas y recibir el bautismo del fuego con los que iban á ser sus compatriotas. Dias de sosiego corrian para nosotros cuando Caprara sentó plaza en uno de los regimientos extranjeros que servian entonces á nuestros reyes, y aun creemos que era el de Ultonia. Como el jóven italiano se distinguia por la elegancia y gallardía de su porte, y mas que todo por la esmerada educacion de que habia sido objeto cerca de sus padres, claro es que no debia permanecer confundido largo tiempo entre las filas del soldado: siguiendo pues rigurosa escala ascendió en breve hasta sargento primero antes de que estallára la guerra contra la república de Francia. Tuvo ocasion de mostrar su bravura en la expedicion, cuyo resultado fué la toma y reembarque de Tolon, en la retirada de las líneas del Rosellon, y en otras empresas militares. Firmada la paz, y vuelto á Madrid el regimiento de Ultonia, obtuvo Caprara la gracia de ser colocado en la mayoría de Voluntarios de Zaragoza; y ciertamente la merecia, porque á sus recomendables prendas y á lo irreprensible de su conducta, unia la circunstancia de ser un excelente pendolista. Todos cuantos han conocido á Caprara hasta en sus últimos años convienen en que su pulcritud era incomparable, su buen gusto en el vestir extremado: por la época de que hablamos es fama que lucia uniformes aun mas costosos que los de sus jefes, dándoles aun mas realce lo airoso de su figura. Merece ser citada la singular coincidencia de figurar tambien en clase de sargento entre los voluntarios de Zaragoza don Rafael Perez, célebre asimismo en nuestros fastos teatrales. Ligados desde luego por la amistad mas íntima ambos sargentos, crecia en ellos y se desarrollaba el gusto por la declamacion á que siempre los habia inclinado su instinto.

Son hasta cierto punto las costumbres hijas legítimas de la moda: hoy se llaman *soirés* esas reuniones donde alterna la música de Bellini y Donizetti con el *Cotillon* y la *Polka*; designaban nuestros padres con el nombre de *saraos* sus festines, y con el de *particulares* las tertulias donde los aficionados á la declamacion hacian alarde de sus disposiciones mas ó menos felices entre personas distinguidas, recitando varias escenas y diversos pasajes de las comedias que con mas aceptacion se representaban entonces. Bien relacionado Rafael Perez, frecuentaba esa clase de reuniones, y en ellas introdujo á su amigo Caprara: no podia menos de tener allí galante acogida: lo ameno de su instruccion, la amabilidad de su trato, y la finura de su porte, contribuyeron en gran manera á que personajes de alta categoría paráran mientes en las buenas disposiciones del jóven militar para ser en dia gala y ornamento de la escena española. Contábase entre sus admiradores el Excmo. señor don Diego Godoy, quien despues de alcanzarle su licencia absoluta, le proporcionó los medios de hacer su primera salida por los años de 1799 á 1800 en el teatro de los Caños del Peral, de cuya compañía era director el señor Castellanos, esposo de la famosa dama María del Rosario, conocida por la *Tirana*. *Mencicoff* se titulaba la pieza en que Caprara se mostró al público: éste le recibió benévolo é indulgente: sin desconocer las excelentes dotes que le adornaban, no podia desde luego acostumbrarse á las faltas de pronunciacion inherentes á un hombre oriundo de extrañas tierras; faltas que comunicaban á su acento cierta aspereza poco agradable al oido. Demóstenes tartamudo se llenaba la boca de piedrecitas para adquirir facilidad en la palabra: Caprara, extranjero, consagraba todos sus afanes á pronunciar con soltura nuestro idioma. Ni aun interrumpia el estudio en las horas que destinaba á sus paseos por lugares apartados, dando la preferencia al *soto de Migas Calientes*: viven entre nosotros muchos de los que solian verle con frecuencia distraido y meditabundo á orillas del enjuto Manzanares. Harto bien comprendia Caprara la significacion del recibimiento que habia tenido en las primeras representaciones: un desaire acaso le hubiera retraido de proseguir por la dificil y escabrosa senda á que acababa de lanzarse: un ruidoso triunfo hubiera acariciado su vanidad y dispertado su engreimiento, adormeciéndose tal vez sobre lauros que muy pronto se consumieran lacios y marchitos por ser inmerecidos y prematuros: procedió el público con acierto alentando al artista, en quien podian cimentarse grandes esperanzas; y el artista correspondió noblemente á las bondades del público, esforzándose porque sus esperanzas no fuesen ilusorias. Por eso ya en 1803 desempeñaba Caprara en *Blanca* y *Moncasin* el papel de *Capelo* al lado del célebre Isidoro Maiquez, y muy corregido de sus defectos compartia los aplausos con los principales actores de aquella época. Tambien tomó parte en la representacion de algunas comedias de Moratin, entonces en gran boga. De 1804 á 1807 estuvo escriturado en el teatro de Cádiz, y claro es que llenó bien su puesto, cuando pudo conservarlo tres años consecutivos. Vino de nuevo á Madrid ajustado en clase de cuarto galan para el teatro del Príncipe: es fama que de bastidores adentro suscitaban por entonces amenos chistes, y daban márgen á festivos coloquios sus aventuras amorosas con una dama de alta categoría; y á propósito de esto recordamos haber oido que un primoroso alfiler de brillantes, que adornaba casi siempre su almidonada pechera, procedia de blanca y rendida mano. Ni habia motivo para extrañar tamaña fortuna, pues Caprara, encargado á la sazon de papeles de escasa monta, tenia bastantes puntos de semejanza con esas figuras de hermoso perfil, de acabado contorno y excelente colorido, que se destacan del fondo de un cuadro, crecen en belleza vistas á distancia, y parece como si pugnaran por mostrarse en primer término para dotar al conjunto de mas esplendor y armonía. Hasta mediados de 1811 hubo de permanecer en la córte, y con trasladarse á la Coruña, su posicion teatral mejoró poco ó nada. Isidoro Maiquez, ese eminente artista á lo Talma, hizo justicia en 1814 al mérito de su compañero, escriturándole para el teatro del Príncipe como primer actor de carácter anciano. No podia ser la eleccion mas acertada, y así lo sancionó el público, colmándole de aplausos una noche y otra, ya en el *Contarini* de *Blanca y Moncasin*, ya en el *Odalberto* del *Moro de Venecia*, ya en otros papeles de igual ó equivalente clase. En 1820 exhalaba Maiquez el postrer suspiro en la ciudad de Granada, poco antes de restablecerse el sistema constitucional, á que era en extremo adicto, y Caprara se escrituraba de *galan de carácter* y de director de escena para el teatro de Santa Cruz de Barcelona. Segun nuestra humilde opinion, y sabemos que muchos no han de adherirse á ella, aparte la diversidad de caractéres, muerto Maiquez podia considerarse á Caprara como legítimo heredero de sus glorias escénicas. Una série no interrumpida de triunfos marca su carrera en 1822 en Madrid, en 1823 en Sevilla. Por una de las primeras reales órdenes emanadas del poder absoluto de Fernando VII, se mandó que las compañías cómicas de Madrid volviesen, como todo, al sér y estado que tenian antes del 9 de marzo de 1820; y en su consecuencia Caprara ocupó nuevamente su puesto de primer barba en el teatro del Príncipe, de cuya direccion fué encargado con don Antonio Guzman, actor que aun da lustre á la escena española. Ya entrado en años, esta nueva tarea alteró visiblemente su salud, antes quebrantada por la asiduidad con que siempre se habia consagrado al estudio, y advirtiendo que decaia en facultades, supo retirarse á tiempo, solicitando y obteniendo su jubilacion en 1829, con firme propósito de no volver á pisar las tablas, donde ya habia satisfecho su ambicion de artista. Mas quien como Caprara rinde á la amistad humilde homenaje, carece á menudo de voluntad propia. Dirigia entonces el teatro de Sevilla por encargo especial de su Asistente el Excmo. señor don Manuel Arjona, don Juan Grimaldi, de quien tan gratos recuerdos conservan los verdaderos amantes del teatro nacional, y para quien no conocia límites el deseo de proteger á los actores que mas se distinguian en el arte. Intimo amigo del actor recientemente jubilado, no quiso desperdiciar la ocasion de contratarle: le invitó con delicadeza y finura que le son peculiares, prometiéndole que solo le emplearia de vez en cuando para no agravar el estado de su salud incierta, y terminaba con proponerle una recompensa, no excesiva si se atiende el mérito de la persona á quien se dirigia; pero honorífica y lisonjera, teniendo en cuenta que hasta entonces ningun actor de carácter anciano habia sido premiado tan liberalmente. Leal amigo, y escrupuloso, y hasta nimio en puntos de delicadeza, en vano hubiera buscado Caprara expresiones para rehusar tan fina propuesta, y menos todavia despues de alcanzar una real órden por la influencia del señor Arjona, á fin de que sin perjuicio de su jubilacion se le permitiese trabajar un año. Sevilla guarda memoria de aquella temporada teatral, y no ha vuelto á poseer una compañía tan completa.

Cabalmente el regreso de Caprara á Madrid coincidió con la creacion del Conservatorio de música de María Cristina, y el gobierno le nombró primer maestro de la escuela de declamacion como premio debido á sus tareas artísticas y á sus profundos conocimientos. Celoso hasta lo sumo en la enseñanza, puntualísimo en la asistencia á pesar de sus años, y no perdonando medio de estimular á sus discípulos, dos veces trabajó con ellos en el teatro del Conservatorio al representarse *El sí de las niñas y el Cid Campeador* donde hizo el papel de *Diego Lainez*, desempeñando otro de los maestros, el apreciabilísimo D. Cárlos Latorre, la parte del protagonista. Estas funciones, á que tuvimos el gusto de ser invitados, agradaron sobremanera, y harto bien revelaban la perfeccion del conjunto y la minuciosidad de los detalles haber sido dispuestas por hábiles y entendidas personas. Mientras Fernando VII arrastró por espacio de algunos meses de 1832 á 1833 una existencia artificial y penosa, como si respirase de dia el aliento que espíritu invisible le comunicára de noche, los alumnos del Conservatorio bajo la direccion de sus dignísimos maestros amenizaban la agonía del último monarca, ejecutando á su presencia y en el real palacio distintas comedias; y aun si mal no recordamos una de ellas fué *Hacerse amar con peluca*, en la que D. Julian Romea estuvo encargado del protagonista. No habia transcurrido mucho tiempo desde la fundacion del Conservatorio cuando en las listas de los teatros de provincias y aun de Madrid sonaban ya muchos nombres de los que allí habian adquirido su enseñanza, no presentándose en la escena sino con el beneplácito de sus profesores. Para no faltar á la exactitud conviene que hagamos una excepcion en este punto: si nos es fiel nuestra memoria, una discípula de Caprara (omitimos de buen grado su nombre) firmó una escritura sin la aquiescencia de su maestro; este concienzudo en materias artísticas y galante en demasía con las damas, no quiso aparecer ante un público, de quien habia sido estimado, como responsable de la inexperiencia y no grandes adelantos de la actriz improvisada: repugnábale al mismo tiempo ofender ni aun remotamente su orgullo: recursos halló Caprara en su talento para conciliar ambos extremos con publicar en los periódicos un atento comunicado en que con esquisita delicadeza é imponderable laconismo revelaba no tener parte alguna en la salida al teatro de su discípula, sin pronunciar acerca de su mérito ni una sola frase que pudiera ser interpretada de un modo favorable ni adverso.

Llegamos al último período de la vida de Caprara: lo hemos dicho al comenzar estos apuntes: como planeta que ya tocaba en su último ocaso despidió todavía

en el horizonte escénico ricos y brillantes fulgores. Por complacer á Doña Concepcion Rodriguez hizo de Fenelon en el teatro del Príncipe: en obsequio del Sr. García Luna representó admirablemente en el teatro de la Cruz al *Gran maestre de los Templarios*: y no parece sino que aquellas funciones se dispusieron expresamente para que la memoria de un actor de nota quedase aun mas viva en la mente de sus muchos admiradores. De hora en hora perdia terreno D. Joaquin Caprara; salió de Madrid en busca de climas mas benignos, donde no le molestasen tanto sus dolencias, y pudo así prolongar su vida primero en Málaga y despues en Cádiz hasta mediados de abril de 1838, época en que descendió al sepulcro. A los tres meses de este desgraciado suceso recorria el autor de estas líneas las silenciosas y lúgubres calles del campo santo de aquel pueblo, buscando inútilmente un epitafio que le indicase el sitio donde dormia el sueño de la eternidad el que habia servido de interprete en las tablas á nobles y generosos sentimientos. Sin haber gustado la paz del matrimonio, lejos de deudos y amigos, yacia sin duda bajo la movediza arena que hollaba con religiosa timidez nuestra planta vacilante.

Unas líneas mas sobre Caprara: distinguíase en la escena por su grave y magestuoso continente, por la naturalidad de su accion, por la flexibilidad de su fisonomía, y por la admirable expresion de sus ojos: aun se advertia su orígen extranjero cuando articulaba ciertas palabras: no siempre pronunciaba con sol tura; mas estos leves lunares hasta adquirian cierto encanto para los que tenian costumbre de oirle: su entonacion era noble y poderosa: poseia un profundo conocimiento del teatro y aun tradujo del francés y del italiano diversas producciones, representadas con buen éxito: cuéntanse entre ellas *Janina destruida por Alí bajá* y *Cuidado con las novelas*. Si consideramos al hombre privado dificilmente se encontraria quien le superase en lo metódico y austero de sus costumbres, en su constancia como amigo, en su proceder como caballero. Solícito y laborioso él mismo se disponia los trajes y pelucas que usaba en la escena, y sabido es que nadie vestia las funciones con mas propiedad, ni con mayor gusto. Descollaba Caprara especialmente en los papeles de carácter patriarcal como los de *Wsinton*, el *Abate L'Epée*, *Adan*, *Fenelon*, el *Gran Maestre de los Templarios*, y otros, cuya enumeracion fuera prolija; y á los que debió señalados triunfos en su larga carrera consagrada al estudio por satisfacer su pasion dominante.

Entusiastas de Caprara en nuestros mas juveniles años, y honrándonos con su amistad en los postreros de su vida, deplorábamos que no se hubiese consagrado una sola línea á su buena memoria, y hace mucho que nos habíamos propuesto enmendar tan imperdonable olvido: estériles hubieran sido nuestros afanes si los apreciables actores D. Antonio Guzman y D. Pedro Lopez, sus compañeros y amigos, no nos hubiesen auxiliado con toda eficacia en este trabajo, á que damos término agradeciéndoles cordialmente el buen celo con que nos han facilitado noticias del actor ilustre cuya pérdida lloran con doble razon por haber conocido mas de cerca las bellas cualidades que le adornaban. Sin la cooperacion de estos señores no podrian conservarse en los anales del teatro, con el nombre de Caprara, los mas interesantes pormenores de su vida.

A. F. del Rio.

VIAJES.

I

LA RÁBIDA.

Era una fresca y apacible mañana de abril y soplaba blandamente la brisa de los mares en las tendidas lonas de los pequeños buques, que se aprestaban á abandonar el abrigado puerto de Moguer, cargados de riquísimos vinos para la opulenta Albion; cuando en una barca de cuatro remos, en que bogaban dificilmente dos ancianos pescadores, me embarqué acompañado de dos amigos míos, que deseosos cual yo, de visitar el monumento que sirve de epígrafe á este artículo, tenian resuelto consagrar un dia entero á romería semejante. Habíamos visitado juntos la iglesia del convento de Santa Clara, en donde es fama que oró Colon la tarde antes de emprender su inmortal viaje y el dia despues de su vuelta de América; y con el respeto y el entusiasmo en el corazon dirigimos tambien nuestras preces por la quietud de su alma en el mismo lugar en que él se habia reclinado por aquellas memorables épocas. Conocido ya el sitio de la oracion, faltábanos visitar el puerto, en donde se habian fabricado las carabelas que dieron á España un nuevo mundo; de donde habian partido, llevando en pos de sí las burlas de unos y la admiracion de otros: y finalmente el apacible retiro, en que habia encontrado abrigo el sábio genovés, en que habian sido comprendidas por vez primera sus teorías, y en que satisfecho de hallar en España quien le oyera y alentára, habia hecho firme propósito de arrostrar toda clase de obstáculos, yendo á la córte de los reyes católicos con cartas para Hernando de Antequera, confesor entonces de la reina doña Isabel.

Comenzaba ya el sol á tenderse sobre la tierra, rielando en las aguas que se quebraban en mil alegres cambiantes, y volaban sobre nuestras cabezas las blancas ánades y otras aves marítimas, que poblaban aquellos contornos, saludando con sus desapacibles graznidos tan hermoso dia; y al llegar á la confluencia del Tinto y del Odiel, nos vimos en medio del anchuroso canal, cuya corriente parecia haber estado convidándonos para la meditada empresa. Embebidos con los recuerdos que despertaban en nosotros aquellas riberas, creíamos hallar á cada paso en los *místicos* y *laúdes*, que pasaban á nuestro lado, una de aquellas famosas carabelas y pensábamos ver sentado en su popa á Cristóbal Colon, que unas veces volvia triunfante del nuevo mundo y otras se dirigia al Océano, sediento de gloria y lleno el pecho de sublimes esperanzas.

Como nuestra barca adelantaba lentamente y el viento empujaba con rapidez las demas embarcaciones, parecíanos que pasaban delante de nuestros ojos por arte de encantamiento, como en un vistoso panorama.—Dos horas navegamos en esta forma, escuchando solamente el ruido de las olas, alteradas algun tanto por las brisas y el golpear monótono de los remos cuyos dueños tanto se cuidaban de Colon y del nuevo mundo, como de las conquistas del virey de Egipto; al cabo de las cuales avistamos en la ribera izquierda y en una especie de ensenada un pueblo de corta extension, que saludaron nuestros marinos con el nombre de *Palos*. Grande fué la sensacion que todos experimentamos, al escuchar invocacion semejante, recordando cada cual una tradicion de las muchas que guarda aquella villa, ahora casi desierta, mas rica y populosa en otro tiempo.—Ocurrióseme si existirian algunos vestigios de la antigua *Olontigi*, mencionada por Pomponio Mela, y deseaba ya verme en tierra para saciar mi nuevo deseo, si bien no era de este parecer uno de mis dos amigos, el cual decididamente asentaba con Festo Rufo Avieno que correspondia á la *Palus Etrephæ* de los romanos, y para corroborar su opinion recitaba unos versos del mismo autor, que si mal no recuerdo son los siguientes:

.....«*Multa propter est Palus*
Etrephœa dicta: quin et Herbi civitas
Stetisse fertur his locis prisca die,
Quæ præliorum absumpta tempestatibus,
Famam, atque nomen sola reliquit cepiste.»

Llegamos, por fin, á la orilla y saltamos en tierra en hombros de nuestros marinos, por ser muy peligroso el andar por aquellos esteros y almarjales á los que no tienen de ellos experiencia. Todas las ilusiones, que habia concebido desde mi barquilla, desaparecieron entonces de un solo golpe.—Palos era un pueblo que no conservaba á la vista monumento alguno por donde yo pudiera sustentar mi opinion, y reducido á un corto número de casas de poco valer presentaba un aspecto, bastante desagradable, capaz de causar pena al mismo Demócrito.

Nuestro primer cuidado fué, no obstante, dirigirnos á la iglesia parroquial, por ver si en ella podiamos descubrir algun vestigio, que como el hilo de Teseo, nos diera luz en el laberinto de dudas que habian nacido en nosotros con la contemplacion de la casi arruinada villa. Pero ni la iglesia pudo servirnos de guía porque su construccion se remontaba cuando mas al siglo XIV, á juzgar por el carácter de su arquitectura, ni hallamos en ella monumento alguno que prestára interés á la historia ni á las artes. Preguntamos despues por la casa en que habia vivido el físico Garci Fernandez, que tanta parte tuvo en la noble determinacion de fray Juan Perez de Marchena y tampoco logramos una respuesta satisfactoria, ni del cura párroco ni de otros religiosos, únicas personas que por otra parte oyeron sin extrañeza nuestra demanda. Desesperados ya y cansados de dar vueltas inútilmente, nos disponíamos á volver á la barquilla, cuando nuestra buena suerte quiso depararnos un jóven religioso, que habia profesado en la *Rábida*; é informado de nuestros deseos, se ofreció espontáneamente á acompañarnos, no sin proveerse antes de un libro forrado de pergamino, que no pudo menos de llamar nuestra atencion vivamente.

Tornamos, pues, á nuestro barco y á poco tiempo divisamos sobre una mansa colina un edificio de pobre y modesto aspecto, al cual estaban amenazando de consuno la mano del tiempo y la impiedad de los hombres. Este edificio era la Rábida. Mientras cortaba nuestra barquilla, á impulso de los remos, el corto espacio, que de aquella colina nos separaba, abrió nuestro compañero su misterioso libro y comenzó á leernos algunas noticias relativas á la historia del convento, que nos fueron entonces de todo punto agradables, y que por parecernos ahora muy curiosas referirémos en este sitio.

La fundacion de la Rábida se remontaba, segun aquel manuscrito, hallado en el archivo del convento, casi tanto como nuestra era vulgar; siendo debido á un gobernador de Palos, llamado *Terreum*, hombre cruelísimo y gran valido del emperador Ulpio Trajano. Añadíase, que habiendo muerto una hija de aquel César y deseando Terreum darle una muestra de gratitud, mandó levantar un templo en su honor, dedicándolo á Proserpina, cuyo nombre llevaba. Consumió en la obra cerca de tres años, al cabo de los cuales, concluido el edificio enteramente, hizo colocar la estátua de la diosa, que era de piedra, sobre una peana de oro, plata y bronce, señalando el dia dos de febrero para celebrar una solemne fiesta en via de aniversario; fiesta á que concurrian todas las doncellas de los contornos, muchas de las cuales eran sacrificadas en las aras de la implacable diosa. La descripcion de esta celebridad es tan rara é interesante que no he podido resistir á la tentacion de trasladarla, tal como en el referido manuscrito se encuentra.

«En el dia primero de febrero por la tarde, dice, »juntábanse todas las doncellas acompañadas de los »sacerdotes y justicias, con gran número de gentes »en el lugar destinado para el sacrificio ó degollacion »que era el que hoy se llama *Prado de Alcalá*, hácia »el oriente, quince pasos desviado del camino, que »al templo conducia, cerca de la corriente del agua »para que esta se llevase la sangre de las víctimas y »para que bebiesen de ella los demas, con el objeto »de curar sus emfermedades, santificarse y preser»varse de los males venideros. Reunidas, pues, to»das las doncellas, echábanse suertes y aquellas »á quienes tocaban eran degolladas y reputadas por »santas. Ejecutaban esta degollacion las personas mas »allegadas á las víctimas ó de mas dignidad en la co»marca, y concluida tan horrible ceremonia, encen»dian velas amarillas y formando dos hileras cuantos »á las fiestas habian asistido, se dirigian al templo, »que estaba exornado suntuosamente, con grande re»gocijo y entusiasmo conduciendo los cadáveres, co»mo en triunfo, hasta la misma ara de Proserpina. »Repetian por el espacio de quince dias estas mismas »escenas, y haciendo en los últimos ricos presentes al »templo, se despedian de él con grandes llantos y »muestras de inconsolable tristeza.»

Esta relacion y la circunstancia de tener *Palos* un gobernador tan favorito de un César, me aseguraron en mi primera opinion de haber sido aquella villa la antigua *Olontigi*, poblacion harto rica y famosa, para que no dejasen de interesar sus recuerdos y sus ruinas. Pero á vista ya de la *Rábida*, no hubo tiempo de pensar en otra cosa. Tuvo este templo en su principio forma de castillo, siendo tan sólida su construccion como las que son hoy conocidas con el título de á prueba de bomba. Constaba el grueso de sus muros

de seis piés, de noventa y seis la longitud del santuario, treinta su latitud y sesenta su elevacion desde el pavimento hasta las bóvedas. En el año 51 de su fundacion, que debe corresponder al 160 de la venida de Cristo: extendida algun tanto por las regiones occidentales la religion católica, algunos nobles de Palos llamaron á un sacerdote sevillano, nombrado Siriaco, para que los iniciase en los misterios cristianos. Acudió aquel con grande solicitud al llamamiento de los nobles, y despues de catequizar y bautizar muchos de los moradores de aquella poblacion, obtuvo permiso del gobernador romano para bendecir el templo de Proserpina, consagrándolo á *Jesus* y á *su divina Madre*. Permaneció desde entonces dedicado al culto cristiano, hasta que conquistada por los arábes toda esta parte de Andalucía, lo erigieron en mezquita dándole el nombre de *Rábida* por la belleza del lugar; nombre que conserva todavía y que equivale á *Eremitorio* ó sitio solitario y sagrado.

Poco tiempo estuvo consagrado este templo á mezquita: la tolerancia de los árabes en materia de religion, por mas que hayan dicho algunos escritores lo contrario, contribuyó á sacarlo de aquel uso para restituirlo al culto del cristianismo. Ptolomeo y Teodoro, dos mozárabes que habian adquirido por sus virtudes el aprecio de los moros, propusieron al gobernador de Palos que si intercedia con su rey para que les cediese el templo mencionado, se obligarian ellos á pagar en tributo cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurriesen, cuatro para el monarca y una para el referido gobernador, por via de gaje y como en remuneracion del valimiento que invocaban. Oyó el rey con ánimo propicio esta propuesta, y accedió á la súplica de Ptlomeo y de Teodoro, volviendo á resonar en el recinto de la *Rábida* los sublimes himnos, dedicados por la iglesia á cantar los altos misterios de la religion, sellada con la sangre de Cristo sobre el Gólgota.

Cuando á fines del siglo XIII cayó la ciudad de Niebla con todo su condado en poder de D. Alonso, á quien ha conocido su posteridad con el glorioso renombre de *Sábio*, tomaron los caballeros del Temple posesion de algunos castillos y ciudades en el territorio conquistado de los sarracenos y se apoderaron tambien de la *Rábida*, cuya situacion era muy favorable al género de guerra conocido en aquella época. Con los nuevos dominadores adquirió otro aspecto el *lugar solitario y sagrado* de los musulmanes y el sosegado templo de los cristianos. Agregáronsele nuevos departamentos, que llevaron desde luego el carácter de una casa fuerte, cuyas almenas manifestaban que era morada de guerreros, y al pacífico culto de la religion vinieron á mezclarse el estruendo de las armas y el relincho de los caballos. Pero muy en breve volvieron á enmudecer aquellos contornos, tan acostumbrados al silencio: airado Felipe, el Hermoso, contra los Templarios por causas ajenas de este artículo, y anatematizados por la bula de Clemente V lanzada en 1311, fueron tambien extinguidos en España y tuvieron que abandonar la *Rábida* á los veinte y cuatro años de haber tomado posesion de ella. Vinieron á habitarla despues religiosos *conventuales*, en cuyo poder estuvo hasta mediados del siglo XV, época en que pasó al de los *observantes* por bula de Eugenio VI, permaneciendo estos en ella hasta la extincion de todos los regulares verificada en el año de 1835.

No bien habíamos acabado de escuchar estas importantes noticias, que hemos añadido é ilustrado algun tanto al trascribirlas á nuestros lectores, cuando entró nuestro barco en la ensenada, que besa la colina sobre que está asentada la *Rábida*, y nos vimos á pocos instantes al pié de aquel edificio, que no pudimos menos de mirar sobrecogidos de admiracion y de respeto. Estábamos en el mismo sitio, que habia pisado el descubridor del nuevo mundo; á donde habia llegado pobre, abatido, burlado de unos y compadecido de otros, con el convencimiento de la ciencia y la fé en el corazon; donde habia pedido pan y agua para su primer hijo, á quien veia desfallecer en sus brazos, y donde á la piedad cristiana habia sucedido la curiosidad, y á la curiosidad la comprension del proyecto mas jigantesco que habian visto los siglos.

Al llegar á la portería, situada al oriente del edificio, parecióme ver al entendido fray Juan Perez, que con rostro afable y aire escudriñador examinaba la noble extranjero que, vistiendo un justillo rojo, un manto de lana pardo de mangotes y capilla, cubriendo su cabeza un birrete de velludo y calzando unas botas portuguesas, traia á su espalda un zurron, en donde guardaba un pequeño astrolabio, unos pergaminos y una brújula marina. Era su frente despejada, su vista penetrante, aguileña su nariz y muy expresiva su boca. Su estatura era proporcionada, y su edad rayaba apenas en los cuarenta y ocho años. Así se pintaban en mi mente aquellos dos célebres personajes, que el cielo juntó en buen hora, para gloria de España y eterna fama de sus nombres.

Pero mis compañeros de viaje, que mas curiosos

Convento de la Rábida.

ó menos preocupados que yo de aquella idea, deseaban vivamente examinar el interior del edificio, me obligaron á seguirlos mal mi grado, y nos hallamos, despues de pasar por algunos corredores casi derruidos, en la iglesia, cuyas bóvedas habian recogido los fervorosos votos de Colon y los cantos sublimes á que habia mezclado su acento, durante su permanencia en la Rábida. La iglesia constaba de una sola nave de mas reducidas dimensiones que las señaladas al templo antiguo: en su cabecera se veia aun un retablo pobre y modesto y casi á los lados del presbiterio dos altares consagrados á *San José* y á *San Antonio*, de los cuales habian ya desaparecido los objetos que les servian de ornato. Algunos libros de coro abiertos y derramados por el suelo, de donde habian sido arrancadas las viñetas de miniatura, que en otro tiempo los decoraron, algunos volúmenes de obras sagradas rotos y comidos de ratones... hé aquí cuanto se conservaba en aquel recinto; que en otras naciones recibiria el culto de la admiracion y de la veneracion mas profundas.

Bien hubiera querido volverme á la barquilla, que nos habia conducido hasta aquel sitio, para tener al menos el consuelo de contemplar desde lejos un monumento tan amargamente abandonado. Mas deseoso de calmar algun tanto el sentimiento que experimentaba, traté de registrar lo restante del edificio, y ocurrióseme visitar la celda, que habia servido de morada á fray Juan Perez de Marchena, sospechando que encontraria tal vez en ella motivo para templar mi enojo. No me engañaba en efecto: la celda del ilustre guardian, del insigne amigo de Cristóbal Colon, aunque abandonada y solitaria, aunque próxima á desaparecer entre escombros, conservaba aun algunos vestigios de lo que fuera. Su techumbre, si bien no podia llamarse rica, daba muestras de haber sido bastante bella y apreciable: las vistas que desde sus balcones se gozaban, eran encantadoras.—Al occidente la villa de Huelva, tendida en la playa, al mediodia el Océano con sus cien torres, que de trecho en trecho le sirven de atalaya y defensa.—Cuando pude recoger mi imaginacion, se me representó la sublime escena del *almuerzo*, en que el ilustre guardian, adivinando en parte el atrevido pensamiento de Colon, le habia invitado á esplicarle sus teorías.—Allí estaba Garci Fernandez, con su ropilla de estezado, sus calzas de estameña con su capa de pardo monte y su sombrero de alas largas, pintadas en su rostro la sagacidad y la malicia; allí el anciano mareante, Pedro Velasco, cuyos viajes eran la fábula de toda la comarca; allí Cristobal Colon rebosando en su rostro la alegría y el mas puro entusiasmo, al explicar sobre sus pergaminos tan inaudito sistema; allí fray Juan Perez, pasmado al escuchar sus raras y nuevas explicaciones y hasta el lego, que habia recibido al celebérrimo nauta en la portería, mientras el tierno infante se entretenia en jugar con los adminículos que el zurron de su padre encerraba.—En aquel momento no pude menos de recordar el magnífico pasaje que en *Los recuerdos de un grande hombre*, escritos

por mi querido amigo, el Excmo. señor don Angel de Saavedra, duque de Rivas, habia leido pocos dias antes, pasaje que me veo obligado á trasladar á este sitio:

Fué bastante haber tocado
con sagacidad la tecla:
la facilidad verbosa
del genovés se desplega.
Y con aquellas razones
de convencimiento llenas,
con que se siente y sostiene
lo que se sabe de veras,
sus inspiraciones pinta,

sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve,
sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos,
los desarrolla, y enseña
cartas que él mismo ha trazado
de navegar, mas tan nuevas,
y segun él las explica
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,
tan seguras y tan ciertas;
que el pasmo del religioso
y su indecision aumentan,
mientras al médico encantan,
le convencen y embelesan.
De aquel ente estraordinario
crece la sábia elocuencia,
notando que es comprendido,
y de entusiasmo se llena.
Se agradan, brillan sus ojos,
cual rutilantes estrellas,
brotan sus lábios un rio
de científicas ideas:
no es ya un mortal, es un ángel,
de Dios un nuncio en la tierra,
un refulgente destello
de la sábia Omnipotencia.

Con harto dolor no sigo copiando este soberbio romance: miscompañeros de viaje habian encontrado en las paredes de la celda, algunas inscripciones escritas en diferentes idiomas y llamaron mi atencion sobre ellas. Todas se dirigian á ensalzar y bendecir al entendido religioso, que tan benignamente acogió al descubridor del nuevo mundo, todas eran debidas á un momento de entusiasmo. Entre ellas habia no pocas españolas y algunos versos, que no nos parecieron despreciables: en la pared del lado de occidente se veia escrito:

«Un pensamiento colosal abriga
el gran Marchena y de entusiasmo lleno
con dulce ruego al genovés obliga
á que del gran Fernando el cetro siga.»

En la de mediodia leimos:

«La antorcha de la fé brilló luciente
por Marchena en las playas de Occidente.

Estos recuerdos no podian ser mas gratos para quienes, llevados de un sentimiento patriótico, visitaban aquel monumento ya casi reducido á lamentosas ruinas.—Despues de examinar esta celda, quisimos ver el sitio en que habia pasado Colon algunas horas, embelesado en sus dorados sueños.—Subimos, pues, al mirador que dá vista al mediodia, y desde él descubrimos de un lado el anchuroso Atlántico, cuyas poderosas ondas venian á romperse, cargadas de espumas, en las pedregosas playas; de otro un hermoso y apacible paisaje, que despertaba en la imaginacion las mas poéticas ideas.—Tambien habia sido este lugar consagrado por la tradicion y el respeto: tambien conservaban sus muros leyendas, hijas del mas tierno afecto y del mas vivo entusiasmo, leyendas que trasladaria aquí, sino me aquejára el temor de ser demasiado prolijo; pero copiados ya algunos versos de la celda de fray Juan Perez, justo creo el no pasar en silencio los que nos parecieron mas notables en el mirador, que son los siguientes:

«¡Duerme, Rábida aruinada,
con tus peñascos grandiosos,
con tus recuerdos gloriosos
en mi patria desgraciada!»

Inmediatos al ángulo de la derecha se leian estos:

. . . . . .
Mi pasmo admirador, Colon, recibe
y glorioso en la GLORIA eterno vive.»

Restábanos ver si conservaba la Rábida algunos vestigios de su fundacion primitiva y recorrimos en este empeño la mayor parte de sus habitaciones y departamentos. La mano de los siglos habia pasado alternativamente sobre ella, imprimiéndole el sello de cada cual y dándole un carácter vago, que bastaba, no obstante, para conocer su historia, escrita en aquellos muros con la mas sublime elocuencia. Aun se conservaban algunas almenas, que revelaban la dominacion de los Templarios, aun en sus claustros se veian algunos arcos, que eran parto de otras épocas posteriores y de otros dueños menos orgullosos, notándose por un azulejo que existia en su patio principal que habia sido restaurado en 1804; pero todo en un estado triste, pero todo amenazando ruina. Encontramos, al fin, una media naranja de construccion fortísima y ahogada casi enteramente por varias paredes y tabiques construidos en su alrededor, no quedándonos ya duda alguna sobre las noticias que habíamos recogido del mencionado manuscrito. Esta media naranja era indudablemente del templo de Proserpina.

Examinada ya la *Rábida*, cuyos recuerdos habian producido en nosotros una sensacion tan profunda, al compararlos con su miserable estado, nos pareció oportuno recorrer los lugares, en que habian sido bendecidas las dos carabelas expedicionarias en 30 de abril de 1492 y de donde se habian dado á la vela en 3 de agosto del propio año. Bajamos, pues, en direccion al occidente sobre el canal y llegamos á un brazo que se entra en la colina hácia la parte del mediodia, el cual es conocido con el nombre de *Domingo Gordo*, desde el dia de la bendicion de aquellas carabelas. Verificóse esta ceremonia el *Domingo de Pascua de Resurreccion*, y acudieron á ella todos los moradores de Palos que asustados unos, y llenos otros de entusiasmo, corrian á contemplar aquel hombre extraordinario, á quien las preocupaciones les presentaban ya como un ángel ó un mago, ya como un demonio.—Allí habia estado Colon, almirante ya de las Indias, allí Marchena, bendiciendo lleno de gozo la alta empresa que habia alimentado con sus consejos, allí Garci-Fernandez, allí Pinzon, allí Pedro de Velasco, y finalmente cuanto mas ilustre abrigaban entonces aquellas poblaciones litorales.

Entramos de nuevo en nuestra barquilla, que habian acercado nuestros pescadores á *Domingo Gordo*, y dirigimos la proa hácia la barra de *Saltes*, de donde, como dejamos insinuado, partió la pequeña escuadra de Cristóbal Colon, compuesta de dos carabelas y una sola galeota, siete años despues de su primera llegada á la *Rábida*. Nada encontramos en aquel islote que recordase tan memorable acontecimiento; y dimos por esta causa la vuelta, encaminándonos á Moguer, no sin dejar antes en Palos al entendido don José Vela, que este era el nombre del jóven religioso que se habia prestado tan noblemente á acompañarnos.

Al separarnos de aquellos lugares no pudimos menos de hacer los mas fervientes votos por que atendiese el gobierno aquel monumento venerable, pareciéndonos que el destino mas propio que pudiera dársele era el de consagrarlo á *casa de refugio* de nuestros marinos inutilizados en campaña. Estos mismos votos repito ahora á cien leguas de distancia de la Rábida. Quiera Dios que no sean vanas mis esperanzas (1).

José Amador de los Rios.

MI ESPERANZA ES UN SUEÑO.

CANCION.

Vuelve, ¡oh sueño, á posar tus lentas alas
sobre mis sienes que el dolor inclina,
ya que tan bello y celestial regalas
mi triste afan con tu ilusion divina.
Vuelve á encantar mi acalorada idea
con tu dorado resplandor risueño,
y haz que mi mente en sus delirios crea,
pura verdad tu mentiroso sueño!

.....
.....

Yo la sentí: sobre mi lábio ardiente
tocó la ingrata con su lábio helado,
y hasta mi pecho el perfumado ambiente
llegó de un blando beso apasionado.

Otra vez y otras cien volvió á clavarme
sobre mi boca su encendida boca,
y aun escuché en mi sueño que al besarme
me dijo asi, llorando como loca:
«Tú eres mi tierno amigo y mi alegría;
»la blanca luz que mis tinieblas dora;
»tú eres la flor de la esperanza mia;
»tú de mis dichas la temprana aurora!
»Contigo sueño en mi desierto lecho;
»por ti suspiro cuando estoy despierta;
»por tí, en silencio y en el hondo pecho
»se agita el alma sin tus ojos muerta!
»Tus ayes son mi dolorido canto;
»tus querellas, mi solo pensamiento:
»mis únicas memorias, tu quebranto:
»tu porvenir mi gran remordimiento.

.....

»Yo te amo, sí: mi corazon no quiere
»confesarse á sí mismo su ternura:
»pero mi pobre corazon se muere
»por la pálida luz de tu hermosura!
»Yo te amo, sí: con insondable velo
»del alma oculto la mortal herida:
»aunque á mis ojos que saldrá recelo,
»para encontrarte ¡oh vida de mi vida!
»Mas este amor recóndito y terrible
»eternamente dormirá conmigo:
»y me verás con ánimo impasible
»negarte el nombre hasta de tierno amigo!
»El mundo exige que mi fé te esconda,
»y mi deber que mi pasion ignores:
»que yerto el corazon nunca responda
»á tus suspiros lánguidos de amores.
»Que vea el brillo de tus ojos bellos
»irse quemando con su eterno lloro,
»y apagarse sus pálidos destellos
»rayos de los luceros que yo adoro!
»Quieren que mire esa tu frente ajada
»irse doblando á los pesares lentos
»como azucena que al nacer tronchada,
»rudos combaten los contrarios vientos.
»Quieren que vierta con palabras duras
»ponzoña y hiel sobre tu seno herido,
»por si las heces de dolor que apuras,
»te hacen al cabo conseguir olvido!
»¿Tú olvidarme?... ¡Jamás!... Harto comprendo
»la pasion inmortal con que me amas:
»no la encarezcas, no, porque aun durmiendo
»las lágrimas la cuentan que derramas.
»Yo adivino el esfuerzo y la ternura
»de tu sensible corazon fogoso,
»su entusiasmo, su fé, su pasion pura
»y su martirio en mi desden penoso!
»¿Y el mundo que me obliga á aborrecerte
»y á su necia opinion sacrificarte?
»¿y mi deber que te dará la muerte?
»¿y mi virtud que habrá de asesinarte?
»¿Qué consuelos darán á mi tristeza?
»El mundo burlará del amor mio,
»ó llamará insensible mi belleza,
»vano mi orgullo, el corazon muy frio!
»Ay! mi deber, acaso me acrimine
»el extremo rigor con que te trato!
»mi virtud... no es virtud la que asesine
»pecho tan fiel con ceño tan ingrato.
»Ay! no, mi dulce amor y mi alegría.
»Tú eres el sol que mis tinieblas dora;
»la blanca flor de la esperanza mia
»la religion que mi entusiasmo adora!
»Tú vivirás por mi! Yo te prometo
»ceñir tu sien con mi olorosa palma:
»guarda muy hondo este fatal secreto,
»sea el sepulcro de mi amor tu alma.
»En ella le acaricia y le alimenta:
»pero que solo Dios sepa este arcano.
»De él nada temo, y si me pide cuenta,
»padre es de amor, me tenderá su mano!
»Cuando permite una pasion tan grande,
»con piedad mirará nuestro estravio:
»porque solo, mi bien, cuando él lo mande
»habrá amor como el tuyo.... y como el mio!»
Tales voces mintióme un dulce sueño:
al despertar de mi feliz letargo,
lejos me hallaba de mi amante dueño,
y húmedo el rostro de mi llanto amargo.
Dos veces la llamé con voz rendida
un ¡ay! lanzando moribundo y hueco,
y á mi triste ilusion desvanecida
el ¡ay! volvióla compasivo el eco.
Mis ojos registraron las tinieblas
de mi aposento solitario y frio,
ansiando vislumbrar entre sus nieblas
la estrella de mi hermoso desvarío.
Tendí mi brazo en derredor del lecho,
por asir su fantasma fugitiva

(1) Despues de escrito este artículo he sabido que la diputacion provincial trata de destinar la *Rábida* á lazareto, y que el jefe político, abundando en la misma idea que nosotros, ha propuesto al gobierno erigirla en *casa de refugio* de marinos inutilizados en campaña, que podrán prestar allí eminentes servicios.

sintiendo ver, en mi mortal despecho,
que mis abrazos aun la sombra esquiva.
Rendido al fin: en la desierta estancia
pasé las horas de la noche eternas
creyendo de sus lábios la fragancia
sentir y el eco de sus voces tiernas.

.....

.....

Desde entonces el alma suspendida
de aquel sueño de amor, fia en la suerte:
que pues me anuncia un porvenir de vida
ya me prohibe el desear la muerte!
Desde entonces con ánimo esforzado
el mal resisto y su desden tolero,
sin que murmure el corazon postrado
ni aun al morir «Por adorar me muero!»
Porque espero aquel dia en que amorosa
vendrá á cumplirme el sueño de bonanza
y á decirme besándome dichosa,
«Tú eres la tierna flor de mi esperanza!
»Pues Dios consiente una pasion tan grande,
»nos permite gozar su desvarío:
»que solo existirán cuando él lo mande,
»un amor como el tuyo..... y como el mio!...

Gregorio Romero Larrañaga.

ORIGEN,

PROGRESOS Y ESTINCION

DE LA

ORDEN DE MALTA.

ARTICULO PRIMERO.

Tres Ordenes de caballeros se aventajaron á todas las demas fundadas en los lejanos climas de Oriente por los peregrinos europeos, cuando las guerras y conquistas de la Tierra Santa: la del Santo Sepulcro, que fué la mas antigua, la de los Hospitalarios de San Juan Bautista, y la famosa de los Templarios. Pudiera añadirse á estas la de San Lázaro de Jerusalen, que tuvo por algun tiempo existencia independiente y gozó de grandes consideraciones, si no hubiese sido meramente una derivacion de la de los Hospitalarios. De esta, pues, trataremos en el presente artículo, prefiriéndola desde luego, en primer lugar porque su historia en los tiempos primitivos puede servir, por decirlo así, de epítome á la de las restantes, y en segundo por la reputacion y estabilidad en que se mantuvo, pues la del Santo Sepulcro, quedó reducida á la nada al cabo de algun tiempo, en virtud de la bula de incorporacion expedida por Inocencio VIII, y los Templarios fenecieron tan trágica y ruidosamente como todos saben.

Afirman algunos que el orígen de los Hospitalarios coincide con la toma de Jerusalen por los cristianos el año 1099; otros con mas fundamento aseguran que antes de esta época hubo algunos comerciantes de Amalfi, ciudad de Nápoles, que mediante un tributo anual, obtuvieron permiso del califa de Egipto para fundar una hospedería en frente de la iglesia patriarcal del Santo Sepulcro, donde hallasen acogida los viajeros de su nacion que cada dia acudian en mayor número á visitar los lugares santos. De tan pequeños principios, como acaece ordinariamente, se levantó una institucion con el tiempo poderosísima; el modesto oratorio de rito latino, dedicado primeramente á la Vírgen María, y despues con mas ámplias dimensiones á Magdalena la penitente, se convirtió en un monasterio y hospital contiguos al célebre templo de Salomon, bajo la advocacion de San Juan Bautista; y acrecentándose por una parte el número de los que entraban en aquella congregacion, y por otra su importancia en vista de los benéficos auxilios que prestaban á todos los peregrinos del Occidente, adquirieron en breve tiempo grandes consideraciones y pingües patrimonios anejos á los legados y limosnas que se les hacian.

No es fácil sin embargo averiguar mas particularidades de su historia hasta la conquista de Jerusalen, ocurrida, como dejamos insinuado, el año 1099: solo se sabe positivamente que entonces, y aun antes de esta época, tenian los Hospitalarios por superior, con el título de administrador ó abad, á un tal Gerardo de Saint-Didier, natural de Picardía, el cual fué propiamente quien arregló la congregacion, dándole el nombre de su patrono San Juan Bautista. Godofredo de Bouillon, tronco de la efímera dinastía fundada en la ciudad Santa, y su hermano y sucesor Balduino I, contribuyeron mucho á sus progresos con la proteccion que le dispensaron; y algun tiempo despues, en el año 1113, confirmando la nueva institucion el pontífice Pascual II, dispuso que al fallecimiento del abad Gerardo y en lo sucesivo, únicamente los mismos Hospitalarios tuviesen el derecho de eleccion de superior, y al propio tiempo dictó los estatutos que debian observar, segun el carácter de congregacion religiosa que habian tomado. En efecto los adoptaron los Hospitalarios, y habiendo muerto Gerardo en 1118, nombraron para que le sucediese á Raimundo de Puy, caballero del Delfinado, que fué quien primero se tituló gran maestre del hospital de San Juan Hierosolimitano.

De allí á poco, el año 1120, aprobó el papa Calisto II los estatutos que acabamos de mencionar, é hizo tres divisiones de los individuos de la Orden. En la primera clase comprendió á los nobles con el nombre de caballeros de justicia; y como gente todos ellos dedicados á la profesion de las armas, entendian en la parte de hostilidades, ya concurriendo á los campos de batalla, ya protegiendo á los peregrinos contra las agresiones de los infieles. Los clérigos y sacerdotes, pertenecientes á la clase media, y destinados á desempeñar los deberes puramente eclesiásticos, formaban la division segunda; y por fin la tercera clase, que era la de los sirvientes, tenia á su cargo la asistencia y curacion de los peregrinos enfermos, y cuando era menester, acudian tambien á la guerra como los primeros. La regla de los nuevos caballeros era la misma que profesaban los religiosos de San Agustin; de sus estatutos particulares, de las dignidades de la Orden, fórmulas de recepcion de sus individuos y otros asuntos relativos al régimen interior de aquella, daremos mas adelante algunos pormenores.

Treinta años habian transcurrido escasamente desde la ereccion formal de la misma, y ya su fama se habia propagado por toda Europa: los pontífices se apresuraban á confirmar sus estatutos y conceder nuevas gracias y privilegios; los reyes á dispensarle todo jénero de proteccion y auxilios; los príncipes y nobles del Occidente á enriquecerla con cuantiosos dones, pues, como dice nuestro historiador Mariana: «varones y mujeres á porfía, príncipes y particulares daban para este efecto pueblos, castillos y heredades.» Mucho contribuyeron indudablemente á su prosperidad y aplauso las hazañas de sus caballeros, las virtudes y heróica abnegacion de los propiamente llamados Hospitalarios; pero sobre todo debe atribuirse tan rápido engrandecimiento al prestigio universal de que gozaba ya el espíritu de asociacion religiosa, y al deseo que animaba á los cruzados de dejar en los nuevos paises establecimientos que asegurasen sus conquistas y la subsistencia de la fé católica. No fué en España donde menos parte cupo á los caballeros de San Juan de tan generoso desprendimiento, en prueba de lo cual bastará recordar el ejemplo del rey de Aragon don Alonso el Batallador, malamente reconocido por algunos como soberano de Castilla, el cual por su testamento otorgado el año 1131 en el asedio de Bayona de Francia, no teniendo sucesion, dejó todos sus estados á los Templarios, á los Hospitalarios, y á los que guardaban el Santo Sepulcro de Jerusalen, con ánimo de que los caballeros de estas Ordenes los repartiesen entre sí y poseyesen su soberanía: monstruosa aberracion de un juicio fascinado con mil supersticiones, como así lo conocieron los mismos interesados; abuso inconcebible de la potestad real, que cubria tan grande exceso con los laureles de cien victorias.

Templo de San Juan en Malta.

Las Ordenes de Jerusalen corrieron en lo sucesivo la misma suerte que las armas de las cruzadas; y aunque para seguir los progresos de las primeras seria menester trazar ligeramente una reseña de las expediciones de las segundas, por no alargarnos demasiado, indicaremos aquí meramente lo que convenga á nuestro propósito. Saladino, visir en un principio del califa de Egipto, dueño mas adelante de este pais, de la Siria y otras provincias de aquellas regiones, acometió á los cristianos de Palestina, que faltos por una parte de los socorros de Occidente, desavenidos entre sí por otra, y amortiguado el fervor de los primeros tiempos, apenas pudieron oponerle una breve resistencia. A la completa derrota que en la batalla de Hittin experimentaron, y al cautiverio de Guy de Lusiñan, último rey de Jerusalen, siguióse en 2 de octubre de 1187 la pérdida de esta ciudad en que tenian todos cifradas sus glorias y sus esperanzas. La mano del soberbio conquistador se extendió á otros muchos puntos ocupados por los europeos, y todos cayeron en su poder, unos dándole fácil entrada, otros puestos á fuego y sangre por la misma temeridad de sus defensores.

Perdida Jerusalen, se refugiaron en Trípoli los caballeros de San Juan que pudieron librarse de la muerte, y allí se mantuvieron, hasta que ganada tres años despues la ciudad de San Juan de Acre, llamada en lo antiguo Tolemaida, fijaron en ella su residencia. Los cristianos encerrados en la nueva fortaleza, que podia llamarse, y realmente lo era, la capital de su dominio, formaban un conjunto poco uniforme, pues cada nacion ó pueblo tenia destinado su cuartel ó distrito, entre los cuales habia una diferencia tal, que estaban sometidos á diversas leyes y hasta se arreglaban por distintos pesos y medidas. Contábanse tantas jurisdicciones cuantos eran los estados de que existian allí súbditos y naturales; en una parte se hallaba la de los reyes de Jerusalen; en otra la de Nápoles y Sicilia, y lo mismo las del príncipe de Antioquía, el legado del papa, los condes de Trípoli y otros varios: la del gran maestre de los Hospitalarios ocupaba el décimo lugar en la escala de division, de la que sin duda provino la de las lenguas que despues veremos; y así como primitivamente se dió á conocer esta Orden con el nombre de San Juan de Jerusalen, así adoptó á la sazon el de San Juan de Acre, segun la llamó el rey de Castilla don Alonso el Sábio en la escritura de donacion del heredamiento de Alhadin que concedió á los caballeros de la misma.

De ella puede decirse que sin embargo de los contratiempos ocurridos, no experimentó en sus progresos menoscabo alguno. Es verdad que se aminoró bastante el número de sus individuos, y por consiguiente su fuerza material en los últimos combates; pero en cambio adquirió mayores méritos para con los pueblos de la cristiandad que á porfía se propusieron acrecentar sus rentas y posesiones. Porque no solo los soberanos y señores de Italia y Francia, que parecian los mas interesados en aquellas empresas, sino los de Inglaterra y Alemania, y los españoles principalmente, se apresuraron á aumentar el número de prioratos, bailías y encomiendas que en todos los mencionados reinos disfrutaban. De otra suerte no se comprende-

ria cómo en medio de la decadencia y descrédito, por decirlo así, que comenzaban á padecer los proyectos de los cruzados, solo aquella institucion pudo salvarse de la universal ruina; y cómo mientras mas ó menos aceleradamente se encaminaban á su fin otras fundadas sobre las mismas bases y con el propio objeto, únicamente la nuestra prometia largos años de prosperidad y vida.

Mantuviéronse en Acre los cristianos hasta 1291, en que hubieron de hacer frente á la invasion de un poderoso ejército de mamelucos, que acabando de enseñorearse de los reinos de Damasco y Alepo, pretendian lanzarlos de sus postreros atrincheramientos. En efecto, tardaron poco aquellas tribus orgullosas en conquistar la capital del condado de Trípoli y algunas otras poblaciones; la ciudad de Tiro se les rindió por capitulacion: pasó tambien á su poder el principado de Antioquía: ¿qué podian hacer los cristianos encerrados dentro de los muros de Acre? Meditado el caso, resolvieron seguir el partido mas prudente, solicitando una tregua que afortunadamente les concedieron; pero aun este recurso tenia tambien graves inconvenientes, porque ¿cómo sostenerse tan numerosa poblacion en una plaza aislada, y mucho menos sin esperanza de socorro y con escasos mantenimientos? Así fue que de allí á poco comenzando á apretar la necesidad, se vieron obligados á salir al campo, primero las gentes del papa, y tras ellos otros muchos que no querian sufrir los azares de un cerco largo y calamitoso.

De este pretexto se valieron los enemigos para decir que no permaneciendo los cristianos en la ciudad, la tregua era ilusoria, y por lo tanto forzoso el rompimiento. Vínose pues á las manos: los cristianos, viéndose en tan gran conflicto, se alejaron de Acre apresuradamente, y solo quedaron en la ciudad los caballeros Templarios y los de San Juan con unos doce mil hombres, la mayor parte heridos, y todos en la situacion mas desesperada. Los Templarios perdieron á su maestre, cuyo golpe acabó de desalentarlos; los de San Juan, superiores al peligro en que se veian, é insensibles al triste espectáculo que tenian delante, combatieron hasta el postrer momento con extraordinario brío; y cuando entrada la ciudad por asalto, no les quedó ya esperanza de defenderse, los unos murieron como valientes en lo mas enconado de la pelea, los otros se refugiaron á sus naves para tener nueva ocasion de entrar en lid con sus enemigos. Así eternizaron su nombre, mostrándose dignos de la preferencia con que se los miraba, dignos del título de caballeros, y últimos defensores del pendon de la Cruz en las playas abandonadas de la Siria.

Palacio de los grandes Maestres.

Transcurrieron algunos años despues de la pérdida de Acre sin que la Orden tuviese residencia determinada; por el contrario sus galeras se mantuvieron en los mares de Egipto y Grecia, ya recorriendo sus costas, ya dando caza á las embarcaciones enemigas; y aunque este ejercicio era tan análogo al espíritu de la época, tan propio de unos guerreros que aspiraban á ser el terror de los adversarios del nombre cristiano, llegaron á disgustarse al fin de aquella vida de piratas, y resolvieron acometer alguna empresa que les granjease mayor provecho y nombradía. Con este designio pusieron sus miras en la isla de Rodas, dependiente del imperio griego, y puesta como un antemural entre las costas de este y las de los estados turcos; su capital, que llevaba el mismo nombre, habia sido famosísima en otros tiempos por la excelente Academia de bellas letras y filosofía en que siguieron sus estudios Ciceron, César y otros hombres ilustres de la antigua Roma; al presente no ofrecia otro interés que su posicion geográfica, de la cual podian seguramente sacar algun partido sus poseedores.

La malograda defensa de Acre forma uno de los títulos mas gloriosos de aquella Orden; pero la conquista de Rodas añadió un nuevo triunfo á la historia de sus proezas. ¡Lástima que la verdad de aquel suceso la hayan adulterado algunos con fábulas inverosímiles! De este mal adolecen muchos de los anales de la antigüedad, y sobre todo los que tienen relacion con los maravillosos hechos de la caballería; que algunos por mas ensalzarlos los han colocado sobre la esfera de lo posible, creyendo que de este modo serian recibidos con mayor aplauso. Cuéntase en efecto que los caballeros de San Juan, ó por carecer de fuerzas bastantes para la empresa, ó por no debilitar las que tenian, idearon una estratagema parecida á la del caballo de Troya, y fué, que disfrazándose de pastores los principales de ellos, cubrieron con pieles de carnero á sus mejores soldados, y haciéndolos andar en cuatro piés, se acercaron á las puertas de la ciudad, como si fuesen rebaños que habian de entrar en ella. Abiertas aquellas, se apoderaron de los principales puntos y dieron sobre los habitantes, que embargados con la sorpresa, se apresuraron á escapar por el lado de la marina; pero la escuadra de los caballeros prevenida por aquella parte, hizo en ellos terrible mortandad, y acabó de coronar la invencion con el resultado que apetecian. De esto cada cual presumirá lo que le parezca; lo cierto es que Rodas quedó por nuestros caballeros el año 1308 ó 9, aunque no faltan autores de mucho crédito que refieren esta conquista al año siguiente de 1310.

Con esto el nombre de Acre que habian tomado los antiguos Hospitalarios se mudó á la sazon en el de Rodas, habiéndoles confirmado la posesion de la isla el pontífice Clemente V. Andrés Favin, hablando de esta Orden, refiere como cosa singular, y lo es efectivamente, el uso que despues de la época citada se introdujo en Francia: los nobles acusados de crimen capital eran desterrados á Rodas, donde acababan sus dias en defensa de la religion, peleando contra los infieles; y cita en apoyo de su asercion el ejemplo de un caballero llamado Antonio de Chabanes, sentenciado por el tribunal del parlamento de París en 1463 á la pérdida y confiscacion de todos sus bienes, y á destierro perpetuo en la ciudad de Rodas. La Orden se mantuvo en posesion de la isla por mas de doscientos años, en cuyo tiempo la mejoró extraordinariamente, dejando recuerdos de su pacífica soberanía que acaso conservarán todavía con aprecio sus habitantes, pues el baron de Tott en sus Memorias impresas en 1785, afirma que se guardaban en la capital muchas armaduras de los antiguos caballeros.

El engrandecimiento del imperio Otomano bajo el reinado de Selim I sugirió á su hijo Soliman, por sobrenombre el Grande, la idea de varias conquistas, y entre ellas la de Rodas, apetecible no menos por su situacion, que por el brillante estado en que la tenian los caballeros. A este fin aprestó en 1523 un ejército de 200,000 combatientes, y una flota de 400 velas, y sin pérdida de tiempo estableció el sitio con resolucion de salir airoso ó perecer en la demanda. Los caballeros por su parte juraron venderle cara la victoria, pues careciendo de toda esperanza de auxilio, y reducidos por consiguiente á sus propias fuerzas, no podian hacer mas que prolongar la defensa cuanto les fuese dable. Era entonces gran maestre Felipe de Villiers de l'Isle Adam, animoso caballero, celoso defensor del honor de la Orden, y enemigo irreconciliable de los turcos: con su ejemplo y sus palabras alentó á los mas débiles, y exaltó el entusiasmo de los mas resueltos; de tal manera, que mas de una vez llegó Soliman á desesperar enteramente del triunfo. Seis meses habian ya transcurrido desde que se comenzó el asedio; la obstinacion de los sitiadores se estrellaba contra el invencible esfuerzo de los sitiados; los unos proseguian la empresa con la esperanza del vencimiento; los otros apuraban su resistencia con la desesperacion de la desgracia, hasta que fatigados de luchar en vano, y viéndose expuestos á quebrantos mas sensibles aún que la misma muerte, determinaron capitular, y aceptadas sus proposiciones abandonaron la plaza el 25 de diciembre, saliendo con el honor de vencedores, y como dice el mencionado baron de Tott, dejando únicamente á los enemigos el campo de batalla.

La Orden se refugió por el pronto en Viterbo, ciudad de los estados pontificios, á invitacion de Clemente VII, y allí se mantuvo hasta 1530. En este año Cárlos V, que profesaba particular predileccion á tan distinguidos caballeros, les cedió las islas de Malta y Gozo, con la ciudad de Trípoli, en Africa, en virtud de un tratado concluido el 24 de marzo, pero bajo el concepto de feudo de los reyes de Sicilia, á quienes anualmente debia enviar la Orden un halcon como en señal y reconocimiento del dominio directo, obligándose ademas, siempre que quedase vacante el obispado de Malta, á presentar á los mismos soberanos tres individuos para que eligiesen el que habia de ocupar aquella silla. En el mismo tratado quedaba reconocido el derecho de reversion de la isla á la corona de Sicilia, si alguna vez trasladaba la Orden á otro punto su residencia. Desde esta fecha tomó la misma la denominacion de Malta que en la actualidad conserva; y si recientemente en Rodas y primero en Acre, habia sabido conquistar laureles inmarcesibles, nuevos y mas preciosos aun le estaban reservados en el último teatro de su gloria y de sus hazañas.

Está asentada Malta en el mar que baña las costas de Africa y de Sicilia, hácia la parte meridional de ésta, y separada de aquella region unas 190 millas. Cuando se instaló en ella la Orden no ofrecia mas que una extension de tierra estéril y poco habitada; mas en breve tiempo, á pesar de la natural dureza de su suelo, adquirió bastante fertilidad y cultivo, con lo cual, y con las plazas que en ella se construyeron, de bello aspecto, fuertes y suficientemente guarnecidas, pudo corresponder á su ventajosa situacion geográfica que la hacia como la llave de Sicilia y la puerta por aquel lado de lo demas de Europa. Todas estas razones, y muy principalmente el deseo de vengar los daños que continuamente recibian los turcos de los malteses, movieron á Soliman á intentar la conquista de la isla: recordaba el suceso de Rodas, la pérdida de Trípoli, que habia caido en poder de los suyos en 1551; y como la ambicion todo lo encuentra llano, creyó que sin necesidad de tomar parte en la empresa, con solo confiarla á dos de sus mas expertos capitanes, lograria extender los límites de su imperio y difundir el terror por los estados de sus enemigos.

Inmediatamente lo puso todo en ejecucion. Aprestó una armada de doscientos navíos de todas clases, cuya direccion encomendó al húngaro Piali, y un ejército proporcionado de combatientes al mando de su pariente Mustafá, hombre de mucha edad, pero fuerte aun, y acostumbrado á combates y victorias. Hízose á la vela la formidable expedicion, y antes de espirar el mes de mayo del año 1565 se presentó delante de Malta: desembarcaron las tropas en la playa y dieron principio á los trabajos y preparativos del asedio. No estaban tan desprevenidos los malteses que los cogiese aquella tormenta de improviso: el gran maestre, llamado Juan de La Valette, natural que era de Provenza, tenia con anticipacion noticia de estos proyectos, y así pudo tomar las debidas precauciones y pedir socorros al pontífice y al rey de España, que sin dificultad se los prometieron. Felipe II encargó al virey de Sicilia, don García de Toledo, que acudiese en ayuda de los sitiados; y pasando éste sin detenerse á Malta, conferenció con el gran maestre, vió el estado en que se hallaban las fortificaciones, dispuso que se hiciesen algunas obras para mejorarlas, y ofreció volver con su armada y fuerzas suficientes para obligar al turco á desistir de su proyecto.

Arreglado ya todo lo necesario, rompieron el fuego los enemigos contra la fortaleza de San Telmo, punto el mas avanzado de la isla por la parte en que habian efectuado el desembarco: su defensa estaba á cargo del gobernador Luis Brolla, saboyano de nacion y hombre de valor, aunque de edad muy avan-

zada. La artillería de los contrarios comenzó á hacer horroroso estrago en las fortificaciones; al fuego se siguió un asalto mortífero y tenaz, pero solo sirvió para acrecentar el denuedo de los sitiados, porque habiendo reemplazado á Brolla por órden del gran maestre el valeroso valenciano Melchor Monserrat, y Juan de Miranda, que mandaba un corto número de españoles, cada cual hizo prodigios de valor, y de tal manera se arraigó el entusiasmo en los corazones, que parecia desesperacion el ansia con que se exponian todos á la muerte. Dias y noches transcurrieron en aquella violenta agitacion; ni sitiados ni sitiadores aflojaban un punto en la pelea; los nuestros recibian contínuos refuerzos para suplir la falta de los que morian; Dragut, el famoso pirata, vino en auxilio de los contrarios; y así, á cada hora, á cada instante se empeñaba la lid con nuevo encarnizamiento.

En breve sin embargo se vieron los defensores en el postrer apuro, porque avisados los turcos de que les llegaban nuevas tropas, interceptaron las comunicaciones y no fué ya posible socorrerlos con un soldado. Crecia la mortandad; crecia el rigor y audacia de los enemigos, y esto que hubiera producido desaliento en los mas intrépidos, en los nuestros solo servia para exaltar mas su entusiasmo, para dispertar el heróico esfuerzo que era en aquellos tiempos, y en los presentes lo hubiera sido, el asombro de entrambos mundos. Repitieron los turcos sus embestidas y todas fueron en vano; pereció Monserrat en una de ellas, y ocupó al punto su puesto el animoso aragonés Eguiara; éste y Miranda cayeron tambien heridos, pero al siguiente dia se renovó el asalto con inaudita saña, y cuando mas confiados se hallaban los turcos en la victoria, vino á arrancársela el generoso Miranda, ofreciendo un espectáculo tan interesante como sublime.

Llevado en brazos de sus soldados, y sentado en una silla, empuñó una lanza y mandó que le colocasen donde mas recia andaba la pelea: defendióse allí con heróica serenidad é incomparable esfuerzo: Eguiara, compañero de su desdicha, quiso serlo tambien de su gloria y de su muerte, y asiendo una hacha de dos filos, segó vidas sin cuento entre la atropellada multitud de los infieles. Al cabo hubieron de ceder, no á la superioridad del valor, sino á la del número, y á la suerte que tan adversa se les mostraba, pues oprimidos por todas partes, exánimes y puestos en el mas triste aislamiento, murieron como vencedores, dejando eterna memoria de su heroismo. Un mes duró la resistencia de San Telmo, donde perecieron muchos caballeros esforzados y muchos soldados no menos animosos; los defensores habian quedado reducidos á un número insignificante; los ayes de los heridos y los quejidos de los enfermos hacian desalentar al corazon mas insensible. Cerca de dos mil hombres faltaban en la fortaleza, y así era imposible sostenerla por mas tiempo: los enemigos que habian sacrificado seis mil valientes, y entre ellos al mismo Dragut, entraron al fin en ella, pero llevados de su feroz instinto, abusaron vilmente de la victoria, degollando á todos los infelices que cayeron en sus manos, como si esta brutal venganza hubiese añadido mas mérito á su trofeo.

La sangre de aquellas víctimas puede decirse que fué el precio de la salvacion de Malta, porque habiendo intentado en seguida los enemigos el ataque de la fortaleza de San Miguel, del castillo del Angel y otros puntos, no obtuvieron resultado alguno. Un volúmen entero sería menester si hubiésemos de referir circunstanciadamente los hechos de aquellos ilustres caballeros, con quienes rivalizaron á veces los habitantes de la ciudad entusiasmados con tan glorioso ejemplo: el incesante combatir de tantos y tan porfiados asaltos, la continua vigilia, los ásperos trabajos de levantar parapetos y fortificaciones y de abrir zanjas y contraminas, en vez de enervar sus fuerzas, parecia que les daban nuevo vigor y mas invencible audacia. El gran maestre La Valette, digno caudillo de aquellos héroes, se mostraba superior á todos en esfuerzo y prudencia, en serenidad y sufrimiento; ni los riesgos le intimidaban, ni los triunfos le ensoberbecian; su espada brillaba primero que ninguna en todos los combates; en su escudo, como en la égida de Palas, perdian toda su fuerza los tiros de sus adversarios. Nunca ofrecerá la historia en sus gloriosas páginas carácter mas noble ni heróico que el de este príncipe, cuyo nombre inmortal hubiera merecido en la antigüedad honores casi divinos.

Mas á pesar del denuedo de los malteses y de su admirable defensa, no hubieran desistido los turcos de su empeño, sin el feliz arribo de la escuadra de Sicilia. Al hablar de ella no podemos olvidar las amargas reconvenciones que hacen al virey Toledo y al mismo soberano Felipe II los escritores extranjeros, y en especial Vertot, que publicó en el primer tercio del siglo pasado la historia de la Orden y todas sus vicisitudes. El virey de Sicilia tuvo que obrar con precaucion en aquella empresa; las huestes aguerridas de Soliman, su numerosa escuadra y el poder de su pujante imperio hubieran hecho á los principios muy dudosa la victoria; perdida esta, por las armas del rey católico ¿quién ponia á salvo las costas de Italia de las depredaciones de los turcos? ¿quién era capaz de calcular hasta dónde llegaria su orgullo favorecido por la fortuna? En cuanto al rey Felipe ¿habrá quien dude de sus buenas intenciones y del deseo que tenia de alejar de Europa á los que eran tambien sus enemigos? ¿No declara el mismo Vertot que don García de Toledo fue castigado despues por su irresolucion en socorrer á Malta? ¿Cómo pues pretende hacer responsable á aquel monarca de su conducta?

Llegó, segun hemos insinuado, el socorro de Sicilia con suficiente número de tropas, de caballeros, nobles y cruzados de varias naciones que acudian atraidos por la fama de aquella guerra, todos los cuales efectuaron su desembarco junto á la ciudad de Medina, lejos de los reales de los contrarios. Estos, sabida la nueva, se apresuraron á levantar el campo, y lo efectuaron en tan breve tiempo, que antes de dar á entender su resolucion se advirtió su falta. Mustafá se dirigió contra los auxiliares con las reliquias de su menguado ejército, pero á pesar de cuantos esfuerzos hizo no pudo vencer la repugnancia que sentian los suyos á pelear, y tuvo á toda priesa que ponerse en salvo. El sitio de Malta duró mas de cuatro meses; los ataques fueron innumerables; los defensores tuvieron 9000 hombres de pérdida; la de los enemigos, por un cálculo que no debe parecer exagerado, se presume que pasó de 30000.

La noticia de esta victoria llenó de jubilo á toda Europa, y en todas partes se celebró como un acontecimiento de grande importancia. La moderna Malta lleva el nombre de *La Valette*, á quien Pio IV y el rey

Retrato de La Valette.

de España honraron con nuevos títulos y magníficos presentes; en aquella ciudad quedó por largo tiempo la costumbre de celebrar un solemne aniversario con procesiones y alabanzas al Sér Supremo; la Orden recibió universales parabienes, y entró, por decirlo así, en posesion del prestigio á que la hacia acreedora tan ilustre hazaña; las memorias de aquella edad y las escritas posteriormente, todas estan conformes en tributar aplausos á los heróicos varones que dieron tan alto ejemplo de constancia y de valor, de pundonor y aun de patriotismo. Entonces llegó la antigua congregacion de los Hospitalarios á la cumbre de su prosperidad y gloria, en la que se sostuvo por muchos años, hasta que el espíritu de los siglos futuros creyó inútil y anómala su existencia como lo referiremos con la posible brevedad en el siguiente artículo.

Cayetano Rosell.

COSTUMBRES.

UN VIAJE EN GALERA.

Ave Maria,
aquí está el pobre del otro dia.

Gracias á las *galeras aceleradas de Poyales y compañía*, y á los vivísimos deseos que tenia de verme entre mis, ahora mas que nunca, carísimos lectores, he logrado vencer las 62 leguas que separan á Madrid de la ciudad de Vitoria; de cuyo punto y otros varios que he visitado en una rápida expedicion, que mas por daros solaz con mi ausencia que por dar contento á mi persona, emprendí el dia 11 de agosto de 1800, etc.; traigo algunos párrafos de chismografía en mi cartera para cuando estemos despacio.

Excusado seria preguntaros qué tal lo habíais pasado sin mis artículos, pues cuando el periódico no ha conocido la falta de su director, y aun si me descuido un dia mas, si no acierto á venirme en galera.... me dejan sin una pulgada de papel donde poder sepultar las ilusiones que diariamente amortajo con mis rasguños, claro es que vosotros estaríais pidiendo á Dios que mi marcha fuese la del humo. Así lo creo y sin embargo, y á riesgo de que me llameis egoista y hasta importuno, no puedo menos de esclamar... con el que lo haya dicho antes que yo: *Ave María, aquí está el pobre del otro dia.* Hablando seriamente, no sé yo qué tal le pareceria al lector, la brusca llegada de un hombre que ni «Dios te guarde» le dijo al salir de Madrid; pero el invierno nos ha tomado ya la retirada y es imposible volver atrás. Preciso es por lo tanto que unos á otros nos toleremos, y que cada cual haga lo que pueda por encubrir las faltas del prójimo y pasar estos dias de lluvias y hielos lo mejor posible. Tú, lector mio, carga de leña la chimenea, y hazme plaza al fuego, que entre éste y mis escritos, algo has de sudar este invierno. Para muestra, y por arrancar cuanto antes la página mas extraña de mi cartera, voy á decirte dos palabritas sobre mi *viaje en galera*, [suple *acelerada*, que no es poco suplir.]

Entre las infinitas causas que puede haber para que un ente racional se decida á enfardarse en un carro-mato, con 200 arrobas de hierro labrado, 12 cajones de chalecos y muselinas, 15 de miriñaques, y 6 ó 7 espuertas de palo de campeche, se cuentan la de la economía [y no de tiempo], la de «á buen hambre no hay pan duro,» y la del capricho ó broma, que toda persona sensata colocará en último término. Una de las primeras, y ya me guardaré yo de señalarla, fué la que me obligó á volver la vista atrás considerando lo que fuimos comparado con lo que somos, y sin que me asustára la diferencia, dejé á los cocheros de Vitoria, saborearse con la ilusion de unos OCHO MIL REALES, que por traerme á Madrid en SEIS DIAS, querian que les abonase á medias con otro amigo, que tambien entraba en el porte. Los coches de las diligencias y la silla-correo, estaban alquilados por veinte dias consecutivos, y la proposicion de los ocho mil reales y los seis dias, ni era admisible ni despreciable; por lo cual nos tomamos tiempo para pensar con detencion en aquel *vapor* que la Providencia y los adelantos del siglo nos deparaban para saludar la corte de España. Lo primero que nos ocurrió fué preguntar á cómo andaba el hierro por aquella tierra, pues con algo mas de ocho mil reales, y algunas horas menos de las 144 que nos querian tener en el camino, estábamos seguros de hacer uno de hierro que eternizase nuestros nombres en vez de eternizar nuestras personas atravesando Somosierra. Alojados estábamos los dos amigos en el parador vie-

jo, y en mesa redonda nos hallábamos comiendo los platos que nos servia la linda Gabriela, guisados por la no menos bonita Gertrudis, cuando se abrió discusion sobre nuestro económico carruaje de vapor, y despues de haber recibido varias enhorabuenas por el descubrimiento que habíamos hecho, nos preguntó una señora si queríamos ir á Madrid en cuatro dias por 233 rs., comidos, bebidos y ropa limpia, con mas el gusto de viajar en su amable compañía, en la de su amiga y la de otros varios señores que con ella estaban. Figúrese el lector cuál seria nuestra sorpresa, y si era de despreciar tan ventajosa proporcion! Preguntamos el nombre y las señas del bendito elemento que iba á encargarse de nuestras humildes personas (1), y nos dijeron que se llamaba *la Acelerada*, y que los billetes se despachaban en la calle del Prado; acto continuo, y sin detenernos á averiguar de qué familia era la Acelerada, ni el número de toneladas que hacia, nos dirigimos en busca de un asiento, pidiendo á Dios y á San Rafael que no nos cerrase aquel camino de salvacion, y antes de diez minutos habíamos adquirido el derecho de salir de Vitoria á las diez de la noche, y al pasar la vista por el billete impreso que nos entregaron para resguardo, vimos que decia: « Recibí, &c., la cantidad de 233 rs. por un asiento *con gasto*, que ha tomado hasta Madrid en la *galera*.... »

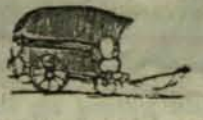
Mi compañero de viaje era extranjero, y con la mayor candidez me preguntó si las galeras iban por tierra, pues cuando las sillas de posta empleaban *seis dias* en 62 leguas, no sabia cómo explicarse que otro carruaje cualquiera hiciese el camino en cuatro. Yo bajé la cabeza avergonzado, tendí la vista en derredor mio para examinar los compañeros de viaje que me deparaba el destino; y como faltasen seis horas para la marcha, y ya hubiesen subido al *coche* muchos de ellos, pregunté qué casta de gente eran; á lo que me contestaron: Son los balcones para la casa del maragato Cordero y varias cajas de géneros para Ginés y García. Volvíme al *meson viejo*, pues viajando en galera no era prudente llamarle *fonda* ni *hotel*, á reconvenir á mis amables compañeras de viaje por no haberme dicho el género de carromato á que pertenecia la Acelerada; pero reflexioné que de emplear cuatro dias y gastar 233 reales á consumir 6 y derretir 4000, habia una distancia mayor que la que real y verdaderamente debe existir entre la galera y la silla de posta, y me resolví á esperar con resignacion la hora de acomodar mis huesos entre los balcones del maragato y los tafetanes de Ginés.

Ocho compañeros de posada éramos los que nos arrojamos á la atrevida y acelerada espedicion de la galera, y á las diez en punto de la noche nos hicimos á la vela, dirigiendo nuestro rumbo hácia el sitio de la partida, sin atrevernos á alzar los ojos del suelo, hasta que por fin tropezamos con el carruaje, que á aquella hora era una gran montaña de fardos, con una galería subcánea, alumbrada por un candil manchego y tapizada interiormente con unas mantas en forma de almohadones, y unas tablas estrechas sobre muelles, que asi podian ser asientos colgados, como andamios de albañilería. Antes que las señoras preguntasen por dónde se entraba á aquella gruta que se veia en lo alto, ya habian colocado dos sillas una sobre otra, ya habia sonado la voz de: *al coche, señores*, y todos trepamos como mejor pudimos á la suspirada galera. Un mozo de mulas, un loco, y un practicante de cirujia, total tres, eran los cuerpos extraños que llevamos en nuestra compañía sin perjuicio del hierro y de los tafetanes. El techo de la gruta, estaba vestido de cañas, y mientras el encargado del despacho nos contaba, como en su tierra lo podrán hacer con los carneros, resbalaba por ellas la mugrienta luz del candilon, que desapareció de allí con gran satisfaccion del poco amor propio que nos quedaba, en el momento de partir el carruaje. Difícil seria saber de qué género creíamos los ocho (entes racionales) que allí ibamos, la calaverada, cuando apenas habian empezado nueve mulas á arrastrar por el prado de Vitoria, las 400 arrobas del cargamento, nos entregamos á las mas dulces ilusiones, creyendo los mas que aquello era mejor que una diligencia y no faltando (por cierto que no fuí yo) quien preferiese la galera á los caminos de hierro.

El supuesto loco era un jóven mal educado ó sin educar por mejor decir, que despues de habernos incomodado, bajando y subiendo tres ó cuatro veces por hora, vertió una caja de fósforos dentro del carruaje, y dió lugar á que lo dejásemos en Burgos en compañía de su mentor el practicante de hospital. Libres ya de aquel fardo continuamos nuestra expedicion sin mas novedad que la de venir en galera cantando la *pitita* y el *Bartolito*, para retrogradar á los tiempos de Fernando VII, y dar gracias á Poyales y compañía de que haya establecido galeras que en cuatro dias anden 62 leguas, permitiendo dormir cuatro horas cada noche. Susceptibles sin embargo son de mejoras esos carruajes, y una de las mas urgentes es dejar cesante el tiro de Boceguillas, y el del Risco de Quintanilla; pues mudando nueve tiros en todo el camino, puede decirse que solo siete merecen tirar de la Acelerada, que pudiera muy bien llevar menos carga.

Pero quede sentado sobre todo, para que no nos hagamos ilusiones, que desde que Cárlos IV concedió privilegio á Bertazoni para que pusiese coches-diligencias que por 600 rs. asiento y en seis dias hiciesen el viaje á Bayona, hasta el dia en que, desde Vitoria se exigen 8000 rs. y seis dias de camino, hemos retrogradado muchísimo.

Antonio Flores.



(1) A medida que se va acercando el momento de entrar en la galera, vá el autor del artículo bajando de tono.

SANTA TERESA DE JESUS.

ARTICULO PRIMERO.

Fecunda época es por cierto el siglo XVI para el historiador, para el filósofo y para el poeta. El genio de la guerra junto con el espíritu de discusion se aunaron en el mismo palenque para romper todas las trabas sociales tanto en el órden físico como en el órden moral; y donde quiera que llegaba el brazo del guerrero, derribaba un ídolo de los antiguos tiempos; y donde quiera que apuntaba una nueva idea, allí se formulaba uno de los principios que habian de normar y reconstruir las edades futuras. Una invencion era un acontecimiento ordinario: el espíritu á fuerza de una parálsis larga y pacientemente sufrida, aparecia vírgen al despertar de su letargo, y con la fuerza y las ilusiones de la virginidad contaba por perdido el dia que no consumaba una creacion maravillosa. Descúbrese un mundo del lado allá de los mares, y la astronomía y la náutica enriquecidas con esta sublime realizacion de sus hipótesis y tan gloriosamente triunfantes en su mas colosal ensayo, abren la puerta á curiosas y ardientes investigaciones, aumentan el número de las necesidades, y hacen buscar en el comercio y la industria nuevos medios de satisfacerlos, aumentando asi el número de los goces y los descubrimientos. Nace en política la intervencion verdaderamente popular: á la antigua *autoridad* de la filosofía sucede la libertad de la réplica; y ensoberbecida la razon humana con la reconquista de su independencia suelta las riendas á su naciente desarrollo, invade las tradiciones; rebélase contra los dogmas, y apoderándose en su vértigo de la religion, no pára hasta dar con la heregía.

De este afan incesante y progresivo, de esta lucha gigantesca entre el prestigio de lo pasado y las esperanzas de lo futuro, de este gran emplazamiento en fin de todas las ideas y sentimientos humanos para ponerse todos en un ejercicio simultáneo y fecundo, nuestra España fué el centro, la arena y el tribunal. El sábio político, el triunfador guerrero de la Europa era el rey de España. Españoles eran Cervantes, Lope de Vega Fray Luis de Leon y esos otros mil sus contemporáneos é inmediatos sucesores que daban á la historia de la literatura su célebre *siglo de oro*.

En esta época de emancipacion el genio no podia ni debia ser comprimido por ninguna especie de vínculo: asi es que donde quiera y como quiera que se encontró pudo salir á la luz del dia, extenderse y sembrar de flores inmortales el tránsito de su vida. Por eso al elegir por asiento una cabeza de mujer buscó tambien y encontró el momento de su aparicion y el camino de su triunfo. Asi es como de hecho se resolvia en la España del siglo XVI ese problema de la emancipacion de la mujer tan discutido aun en nuestros dias: asi es como Sta. Teresa de Jesus se anticipaba en el tiempo, sobrepujaba en genio y deslumbraba con el espectáculo de su virtud tan grande como su genio á ese largo catálogo de nombres femeninos que nos arrojan á la cara otras naciones, como una tácita reconvencion entre las infinitas con que acusan la lentitud de nuestros progresos.

Nacia Santa Teresa en Avila en 1515, precisamente cuando el gran Cárlos V se asentaba en el trono de San Fernando. El cielo que desde su cuna la habia predestinado la número de los elegidos, queriendo concertar sus nobles principios con sus gloriosos fines, dióle en sus virtuosos padres Don Alfonso Sanchez de Céspedes y Doña Beatriz de Ahumada un nombre distinguido, que siendo parte á elevar la primitiva alteza de su alma, formára despues mas visible contraste con la seráfica humildad de su vida.—Ese alma debia tener un asiento digno, cual puede serlo en la tierra, y tal fué el cuerpo de Santa Teresa, cuyo donaire, gentileza y hermosura comenzaron á ostentarse desde su infancia con todos los atavíos, que la excelsa mano puede imprimir en la belleza humana.—Tierna, apasionada é inocente, desde sus primeros años sintió en su corazon la necesidad de amar ardientemente y embellecer con su amor cuanto

la rodeaba: asi es que fué el encanto de su familia, y la predilecta de sus padres entre el gran número de hermanos que contaba.—Para todos ellos tenia sin embargo igualmente propicio siempre su fraternal cariño; y si con uno se señaló de una manera especial su ternura, fué porque simpatizaba con ella mas especialmente en aquellas afecciones, que en adelante debian absorber su vida entera. Complacíanse los dos pequeñuelos en meditar y comentar las vidas de los santos que su buena madre les leia; é inflamados prematuramente sus corazones infantiles con la representacion de los tormentos del mártir y las victorias del apóstol, envidiaban su suerte, gozándose con la esperanza de imitarlos otro dia para sacrificarse como ellos en aras de la fé que tan presto los iluminaba.—Sus juegos favoritos eran hacer templitos y monasterios con la tierra y piedras del huerto donde pasaban sus horas de solaz, y siempre recaian sus inocentes coloquios sobre el momento en que se viesen redimiendo los cautivos ó convirtiendo á los

enemigos de su fé al seno de Jesucristo.—Estos dias de candor y de ventura no se borraron jamás de la memoria de Teresa: acaso su recuerdo era el único lazo que unia sus pocas afecciones terrenas con aquel amor inmenso, que mas tarde llegó á hacerla esposa del Salvador.

Pero este mismo recuerdo, como todo lo que es terreno, estaba lleno de amarguras.—Tras aquellos dias felices de santidad y de inocencia vinieron las pasiones con todo su infernal cortejo, sembrando gérmenes de una eterna perdicion en aquel espíritu de mujer, que habia dejado de ser niña.—Era preciso que Satanás viniese á disputar su presa al cielo; era preciso entregar al mortal combate aquel corazon de vírgen consagrado á Dios por Dios mismo, y hé aqui que los propios instrumentos del bien se convierten por mil circunstancias providenciales en instrumentos del mal que habia de devorarla.—Su tierna y candorosa madre pagando tributo á los gustos de su época, era muy dada á aquellos libros de caballerías que pocos años despues dieron ocasion al príncipe de los ingenios para concebir su poema gigante.— Leíanse estos libros á escondidas, contra la voluntad y prohibicion del padre de Sta. Teresa, que no en valde presentia ó tal vez calculaba lo poco á propósito que eran para dirigir por buen camino la educacion moral é intelectual de *su doctorcilla*.—Aquellas empresas amorosas de galantes paladines con tan seductor estilo contadas, aquellos paisajes vaporosos de sensualidad y de lujo penetraron vivamente en la cálida imaginacion de la doncella, encadenaron su voluntad, pervirtieron su juicio, ligáronla al mundo con sus dorados hierros, y bien pronto la hicieron reparar en aquella hermosura que poseia sin saberlo, buscar afeites para añadirle seducciones y arrastrar en fin su mente disipada por ese abismo deleitoso de goces adivinados, que tiñe de púrpura las mejillas de la vírgen y prende su fuego en los ansiosos ojos que la miran.— No era este solo el camino de perversion, por donde el cielo llevaba á la Santa al camino de la penitencia.—Los pensamientos que no se comunican, suelen ahogarse en sí mismos: por el contrario, al comunicarlos parece que se inflaman, que se aseguran de su existencia y se desarrollan en su plenitud.—Asi se explica ese prodigioso magnetismo de las pasiones.—Por desgracia Sta. Teresa se acompañaba frecuentemente con una tia suya, jóven y amiga de los goces mundanos, la cual se adquirió la confianza de su sobrina con esa rapidez eléctrica con que se adquiere la confianza de una doncella por las mujeres de mayor edad, que aplauden y favorecen sus pensamientos y proyectos juveniles.—Este trato, que naturalmente llegó á hacerse íntimo, no sin disgusto de los padres de Sta. Teresa, recibia el complemento de su pernicioso influjo con la asistencia frecuente de algunos primos, únicos hombres que solo á fuer de parientes entraban en su casa.—Mancebos estos de alegre vida y alegres pensamientos contaban sin rebozo sus juveniles devaneos, aguijando los dañinos estímulos

de su hermosa prima con esas pinturas seductoras que tan bien saben trazar las pasiones de la juventud como la mano del genio.

Cuando el buen Alfonso Sanchez llegó á apercibirse del inminente riesgo en que tantos elementos enemigos habian colocado á su hija, echó de ver con tristeza y desconsuelo la enorme falta que le hacia su esposa y madre de su Teresa, que descansando en brazos de la muerte, cuatro años habia, no podia ya tender los suyos maternales para salvar á ésta del abismo á donde con pasos prestos caminaba.—Fuéle preciso entonces suplir un medio eficaz, y adoptó como el mas oportuno y seguro, encargar la custodia de su hija á un convento de monjas Agustinas, si bien cubriendo las malas apariencias de tan severa medida, y poniendo á salvo una honra, que á pesar de sus extravíos tuvo siempre en mucho Santa Teresa, y á cuya conservacion jamas se aventuró á sacrificar nada á sabiendas.—Ya estaba su cuerpo aprisionado: su espíritu sin embargo campeaba en tanto libremente por el mundo, que le robaban; y en medio de las oraciones y en la lobreguez de su retiro la asaltaban á deshora sus tentaciones mundanas.—Pero el cielo que miraba por ella, no quiso entregarla al combate sin escudo, y dentro de la misma casa donde estaba, le deparó una religiosa ejemplar que á fuerza de cariño se granjeó al fin el suyo, y á fuerza de amistosas y dulces amonestaciones comenzó á restituirle su olvidada pureza y devocion.—Mas ¡ay! ¡pobre niña! La divina influencia que la habia sacado de las garras de la liviandad y los devaneos, no secó su ardiente corazon de mujer y de vírgen, y permitió quedar en él ancho espacio para alimentar un amor puro, si bien humano, que sujetando su espíritu á los goces de la tierra, le retardaba la hora de unirse con el cielo.—Durante su residencia en el convento, y merced á no guardarse en él la regla de clausura, veia frecuentemente al objeto de su honesta pasion, y oia de sus confesores la aprobacion de aquel afecto que debia santificar la bendicion de la iglesia; mas esto mismo que debia poner en seguridad su tímida conciencia, sirvió por el contrario para alarmarla mas y mas, porque al registrar el íntimo fondo de sus sentimientos, se encontraba poco inclinada al matrimonio.—Horrible contradiccion en un alma timorata y celosa de su honra, y llena de su amor! horrible contradiccion que la ponia en acerba y eterna lucha con Dios, con el mundo y consigo misma! que ni le dejaba libertad para realizar sus sueños de amante, ni para consagrarse al Eterno en el ara de la humildad.

Tan atroces combates en su alma, no podian menos de influir sobre su cuerpo: su salud se alteró de una manera alarmante, y fué preciso restituirla á la casa paterna para tratar de su curacion.—Obtenida

ésta en fin tras largos padecimientos, sacáronla de Avila para trasladarla á una aldea, donde vivia cierta hermana suya.—Dios solo sabe el término de nuestros pasos: en lugar de llegar al punto pensado primeramente, detiénese Teresa en un pueblo del camino para recibir los obsequios de un tio suyo, que estaba en aquel domiciliado y quiso tenerla algun tiempo en su compañía.—La pobre niña huérfana de madre, apartada de sus hermanas, lejos de la religiosa su amiga, sin un confidente de sus tormentos, sin un apoyo en sus tribulaciones debió ver un ángel de consuelo en aquel buen pariente lleno de santidad, de juicio y de indulgencia, que tuvo bastante talento para penetrar su corazon, bastante bondad para compadecerla, y bastante autoridad para aconsejarla.—Sus palabras de caridad y de prudencia, su ejemplo y su piedad hicieron una revolucion en el espíritu de su atormentada sobrina; la convirtieron casi enteramente á su divino esposo futuro.—Era un alma que despertaba de un sueño fatigoso: era una onda descarriada que tornaba á su cauce primitivo.—Al cabo de tres meses, Teresa era ya de Dios;—estaba decidida á ser monja.—Pero si Dios exigia de ella este holocausto, no asi su bueno y amante padre, que no queria desprenderse de aquel tesoro de gracia y de belleza que el cielo otorgaba á sus cansados dias.—Opúsose resueltamente á la inopinada vocacion de su hija, y solo para despues de su muerte le concedia la libertad de realizarla.—Su hija sin embargo no era ya dueña de su voluntad, porque habia sellado el eterno pacto con el cielo, y tenia que cumplirlo á despecho de todas las voluntades de la tierra.—Sale furtivamente del hogar donde nació, acompañada del hermano querido de su infancia: dirígese al convento de la Encarnacion, llama á sus puertas como el mendígo á las del opulento, pide un asilo y el velo de las novicias.—Al cabo de un año era ya profesa, cuando contaba los 17 de su triste juventud.

Este último sacrificio habia agotado sus fuerzas, «cuando me separaron, dice, de los brazos de mi padre, crei que la carne se me despegaba de los huesos.» Y en efecto asi era: toda su organizacion física estaba en un completo desarreglo, que se echó de ver mas particularmente en su sistema nervioso, como sucede de ordinario en las enfermedades que tienen por causa las graves afecciones del ánimo.—Segunda vez fué necesario sacarla del pacífico y santo asilo que habia elegido para siempre y llevarla á la aldea con su hermana. Salió á recibirla en su camino aquel buen pariente, á quien tanto debia su espíritu de consuelos y su corazon de paz: recibió de sus manos un libro sagrado que dirigiese sus oraciones, y en cuyas contínuas meditaciones hallasen sus pensamientos la segura guia al camino de la perfeccion. La pobre monja no habia encontrado un confesor que la entendiese: á falta de un gran saber, necesitaba un sacerdote de gran fé y gran piedad, que pudieran *prestar suplemento al defecto de los sentidos*, y no habia hallado en todos sus directores espirituales mas que frailes pedantes, preocupados ó medio virtuosos.—Vivia la desgraciada en un siglo de transicion y de combate, en que la mas pura fé vacilaba al impulso de las nuevas cuestiones teológicas, tan miserablemente descarriadas y tan fuera de su centro supremo, como los sentimientos de la época que agitaban. La pobre monja buscaba á su Dios entre sombras y entre lágrimas, y no hallaba una mano bastante fuerte ó bastante compasiva para conducirla al través de las primeras ó para enjugarle las segundas.—Terrible soledad que los hombres de ahora podemos por desgracia comprender en toda su negrura.

Llegada la madre Teresa al lugar de su curacion, y mas atenta á conjurar las penas de su alma que los sufrimientos de su cuerpo, buscando allí como buscaba en todas partes algun ministro, confidente de sus eternas congojas, halló un *eclesiástico muy letrado*, y al oirle cobró aliento aquella triste jóven que juzgó llegado el término de su anhelo.—Pero Dios la tenia reservada para muy amargas pruebas y no quiso darle tan pronto la hora del descanso: aquel eclesiástico necesitaba mas recibir consuelos que estaba en gracia de darlos, porque llevaba desde largo tiempo una vida de perdicion y de lucha entre sus deberes y sus pasiones. Bien pronto sus relaciones espirituales con la madre Teresa le hicieron conocer que la cordera era mas fuerte que el pastor, y sondeó maravillado aquel corazon de mujer, aquella mente sublime que iba á ser el instrumento de que el cielo se valia para apartarlo del infierno: comunicóle su triste situacion; confióle sus pecados, sus remordimientos y pidióle su bendicion.—El confesor

estaba á los pies del penitente:—era la humanidad postrándose ante la virtud;—era la duda iluminada por el genio... El confesor se habia salvado: la penitente habia adquirido un desengaño mas.—«Vale mas que ser poco letrados, serlo nada», decia poco tiempo despues.—Ese medio saber que ni alcanza á rectificar un juicio ni analizar las pasiones: ese medio saber, azote fatal de nuestros míseros tiempos conduce siempre á la extravagancia y no pocas veces al infortunio y la desesperacion.

Tres meses pasó Santa Teresa en esta aldea, durante los cuales se hicieron cada vez mas frecuentes y peligrosos los ataques de nervios que acabaron de determinar el carácter de su enfermedad: en uno de aquellos la tuvieron por muerta, siendo acaso este medroso accidente el golpe de gracia que la Providencia le reservaba para dar el complemento á su humildad.—Viendo ya en fin que su salud no mejoraba, se restituyó á su monasterio, donde por espacio de tres años sufrió constantemente con una resignacion evangélica su penosa enfermedad, que *la dejó en los huesos* y la obligaba *á andar á gatas*.—Nunca sin embargo se le oyó una queja: cuando le proponian que adoptase esos remedios impíos consagrados por la supersticion, su risa desdeñosa hacia callar á las beatas importunas y á los charlatanes curanderos. Su esperanza estaba en el Cielo y á él solo

acudió por la intercesion de San José. «Si yo tuviera, dice, autoridad de escribir» contaria los inmensos beneficios que debí á mi nueva devocion.—Citamos de propósito estas palabras porque revelan un pensamiento esparcido á cada instante en todas las obras de Santa Teresa que no tanto hace honor á su humildad, como prueba su recelo de ofender la vanidad de los sabijondos padrotes que la aconsejaban y dirigian, segun ellos pensaban, y probablemente segun ella misma se lo dejaba creer.

La Providencia no fué sorda á sus preces: al cabo de tres años en que su paciencia habia crecido á medida de sus sufrimientos llegó á verse en fin restablecida de su cruel enfermedad, si bien molestada por achaques que no la dejaron hasta el sepulcro.—Mira entonces abiertas nuevamente las puertas de la vida:—vuelve el vigor á sus miembros, el calor á su mente, y reuniendo sus recuerdos y renovando su juventud, renueva tambien aquellas tentaciones que el espíritu maligno le arrojaba en el comenzado camino de su entrevisto cielo.—La flaca humanidad se alucinaba ante el brillo fascinador de los engaños mundanos; y era preciso que aquella débil mujer retrocediese espantada ante las sombras de la penitencia que en sus místicas alas habian de transportarla en breve al reino de los ángeles. Mas no solo estaba dentro de su sér la fuente cenagosa de aquellos mortales extravíos: habia tambien influencias exteriores á cuyo poder estamos subordinados siempre los moradores de este valle de lágrimas, y que contribuyeron al retroceso con su maléfico contacto.—En el convento de su órden no se guardaba la regla de clausura; y esta fatal contravencion de los institutos monásticos, cual deben serlo, fue la senda maldita por donde el mundo entraba con tanto mas segura planta cuanto mas se alejaba Dios de sus profanados altares.—Severa y terrible censura de esta relajacion monástica hácia Santa Teresa, cuando mas tarde avisada por la experiencia de sus dañosos efectos, imponia la mas estrecha clausura por primera regla de sus fundaciones.

No duró mucho tiempo este apartamiento del seno divino. Llamada para asistir á su padre en una penosa dolencia, bien pronto los estímulos del amor filial dominantes siempre en sumo grado en la mujer menos virtuosa se ganaron puesto exclusivo en el corazon de Santa Teresa y comenzaron á purificarlo.—Fija siempre junto al lecho de dolor, expiando la menor señal del amado enfermo, miraba acercarse la agonía que se apresuraba, preludio congojoso del sueño de eterna paz.—Cerráronse para siempre los ojos de su padre:—la mísera tendió los suyos en derredor y no mas vió que la soledad de la muerte: cayó arrodillada ante el lecho funeral sin lágrimas en los ojos, y sin mas acento que para bendecir al Omnipotente. Era la orfandad que se rendia al infortunio: era la humana flaqueza de cerca la magestad de la muerte, postrándose ante la eternidad. Cuando se ve, cuando en el último aliento de un padre se ha bebido el prostrer suspiro del justo, la vida llega á parecer mezquina, el pensamiento humano estrecho, los deseos mortales inútiles y fatigosos.—Vosotros los que habeis asistido á ese momento sublime! ¡vosotros sabeis si su recuerdo inefable no basta cuando menos á hacer un hombre de bien.—En Teresa hizo una santa, porque la habia reconciliado con Dios para siempre.

En vano la risa estúpida de un vulgo impío intentaba sofocar los instintos sobrehumanos de aquel alma convertida: quejábase, sí, de la intolerancia con que el mundo recibia su piedad; pero compadecia y perdonaba como Cristo á sus detractores, y su espíritu victorioso trepaba por la escala de Jacob al trono inmenso de la bondad infinita. Para que todo conspirára á esta obra de redencion no faltó nada de cuanto emana de la divinidad. Eso que el hombre llama *casualidad* y los ángeles *providencia* puso en manos de Santa Teresa una imágen del Crucificado tan maravillosamente representada que la mano de su artista debió ser sin duda conducida por un impulso celestial: al mismo tiempo conoció las confesiones del gran Agustino, y como el genio comprende al genio, se sintió doblemente arrebatada por aquella misteriosa concepcion del arte, y esta poderosa voz de la inspiracion y la filosofía. Acostumbróse desde entonces *á materializar en su espíritu la oracion del Huerto* y comenzó á sentir ese indefinible goce de la mística contemplacion que tanto agotaron un tiempo los profetas, y es en nuestros dias el reposo del desgraciado.

De aquí parte esa poética historia de celestes visiones que la sagrada escritora nos pinta con tan vivos colores, con imágenes tan risueñas, con palabras tan melodiosas.—Oidla describiendo lo que siente durante la

contemplacion. «Ama, dice, la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre, pero no se pierde.... Primero habia tenido una ternura.... un regalo, que ni bien es todo sensual, ni todo espiritual, todo es dado de Dios.»—Quiere seguir luego revelando estas sensaciones y considerando cuán insuficiente es el lenguaje de la tierra, y mas aun que esto, cediendo á esa humildad que la caracteriza, desconfia de hacerse entender, su aliento desmaya, su fuerza se agota, y esclama con tristeza: «basta ser mujer para caérseme las alas.»

Bella cosa es por cierto, entre los laberintos de estéril metafísica en que se abismaba la teología escolástica de aquellos tiempos, ver á esta *mujercita flaca y con poca fortaleza* trazar con un estilo vigoroso y una lucidez sorprendente el cuadro de las graduaciones por donde el espíritu va elevándose á Dios en la oracion. Parece que hace la historia completa de la inteligencia humana desde sus primeras percepciones hasta el último punto de su comprension: y sin embargo en medio de sus inspiradas explicaciones asáltale de nuevo la idea de su flaqueza y dice como arrepentida de haber dejado entrever su genio «que tan difícil empresa solo se ha hecho *para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento.*» Y como si creyese no haberse aun sincerado bastante, añade poco despues: «Torno otra vez á avisar que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no le subiese.... En especial para mujeres es mas malo, que podrá el demonio causar alguna ilusion.»

En la parte expositiva de estas graduaciones del espíritu que hemos dicho, hay una nitidez tan ingénua, una insinuacion tan esencialmente femenil que no se acierta á comprender cómo pensamientos tan oscuros é ideas tan complexas pueden expresarse con palabras tan claras y sencillas. Pero esto es solo en el principio de su exposicion: su estilo se eleva como el espíritu cuando llega á hablar de las últimas graduaciones de este: y entonces ya no explica para enseñar, sino que su pluma vierte un raudal copioso de poesía y misticismo, que nos arrebata en pos de sí, que penetra en el

fondo de nuestras entrañas y nos trasporta á una region de celestiales ensueños. Hay entonces en sus

palabras la ternura viva de la mujer, el acento de fuego del apóstol, los cantos del serafin, el concierto del universo proclamando á su Creador. Oidla, oidlo describiendo el éxtasis. «Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran.... no sabe el alma si hable, ni si calle, ni si ria, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura. Háblanse palabras sin concierto, si el mismo Señor no las concierta.... Querria dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan á dar olor....» Y para completar su pintura con un simil decisivo y rotundo, en vez de decirosque este estado de arrobamiento se parece á tal ó cual cosa determinada, os lleva con la fuerza del huracan á los tiempos patriarcales, traspasa vuestra vista y pensamiento á aquellos remotos dias en que Dios conversaba con el hombre, porque el hombre estaba mas cerca de él, y os dice: «Esto me parece que debia sentir el admi-

rable espíritu del profeta David.» Semejante reminiscencia solo á Santa Teresa podia haberle ocurrido. Pero no queda aquí el pasmo. Pasada la hora de inspiracion, viene la hora de la filosofía, y queriendo darse razon de lo que ha sentido, y buscando los medios de apurar sin estorbos aquel sagrado deleite que probó, evoca sus recuerdos, pone en accion su juicio y despues de profundas investigaciones os dice: «Que la memoria y la imaginacion son enemigas del arrobamiento.»—Torna entonces á su habitual temor de haber invadido un terreno vedado á su flaqueza, y sin embargo de haber clasificado con toda la precision del mas consumado ideólogo el vario destino de cada una de las facultades de la inteligencia, pide perdon á sus confesores como si hubiera cometido un crímen horrendo, y les dice finalmente.—«Eso Vds. lo entenderán con sus letras, que yo no lo sé mas decir.»—Honrosa modestia seria esto en un hombre... pero en una mujer me parece una humildad prodigiosa: yo en el lugar de Gregorio XV no hubiera hecho mas que leer estas palabras para canonizarla sin pruebas ulteriores.

Llegamos con esto al punto en que la madre Teresa comienza á alimentar en su espíritu el proyecto de sus célebres fundaciones; llegamos á ese momento de accion que el genio tiene antes de apagarse para realizar sus concepciones.—Y como sin accion no puede haber resistencia (que la hay para el genio siempre, cuando le llega la hora de obrar) entramos en el período que señala los mas tenaces sufrimientos de la madre Teresa de Jesús.—Ya la hemos visto víctima sangrienta de su propia naturaleza: vamos á verla ahora mártir glorioso de los hombres.—**Gavino Tejado.**

CANCIONES DE BERANGER.

¡Maldita primavera!

A su reja la ví de la mia
del invierno en los dias espesos:
por instinto el amor nos unia
y en los aires cruzó nuestros besos.
Contemplarla formó mi arrebato
del escuálido pino á través.
Restituyes al árbol su ornato,
¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

Hoy se pierde en su bóveda oscura
ese arcángel que ví en este suelo
sustentando con gracia y ternura
á su pájaro un dia de hielo.
Le llamaba y su cántico leve
cual preludio de amor escuché:
Es mas bella que el aura la nieve;
¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

Aún la viera, sin tí, encantadora
al salir de su lecho divina
descorriendo, cual pintan la aurora,
de la luz la brillante cortina.
Ya mi estrella en su ocaso parece,
por las tardes dijera tambien;
Se disipa, su lumbre fallece,
¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

Ven, invierno, mi pecho te implora
y regale sin tregua mi oido
del granizo la lluvia sonora,
estallando en mi reja con ruido
¿Qué me importan tus galas, tu brisa,
tu verdura, tus flores, tu eden,
Si no alcanzo su dulce sonrisa?
¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

EL CANTO DEL COSACO.

Ven, corcel, noble amigo del cosaco,
de la trompa del Norte vuela al son;
pronto al saqueo, intrépido al ataque,
alas presta á la muerte en rededor.
Oro no hay en tu freno, ni en tu silla,
bruñido arnés mis triunfos te prometen.
Orgulloso relincha, bridon mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

La paz en fuga me soltó tu rienda,
caduca Europa sin muralla está,
ven á henchir mi codicia de tesoros,
sobre las artes ven á reposar!
Torna á beber en el rebelde Sena;
dó tu sangre lavaste yá dos veces.
Orgulloso relincha, bridon mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

Sacerdotes y príncipes y nobles
acosados del pueblo por do quier,
nos gritaron, venid sed nuestros amos,
siervos seremos por mandar despues.
Mi lanza empuño, de la cruz y el cetro
solo al blandirla los pedazos rueden.
Orgulloso relincha, bridon mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

Ví de un gigante el formidable espectro
fijo en nuestros bivaques su ojo atroz.
Otra vez, esclamó, mi reino empieza;
y con su hacha á occidente señaló.
De los Hunos fué rey, era su sombra,
¡Qué hijo de Atila su órden no obedece!
Orgulloso relincha, bridon mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

Ese esplendor de que blasona Europa,
ese saber que su defensa no es,
sumergidos verás bajo las olas
de denso polvo que alzarán tus piés.
Borra, borra en tus nuevas correrías
templos, palacios, hábitos y leyes.
Orgulloso relincha, bridon mio,
y huella con tus piés pueblos y reyes.

LAS AVES.

A M. Arnault al partir para su destierro.

Doblando invierno sus destrozos graves
nos destruye campiñas y mansiones,
y á lejanas riberas van las aves
á ensayar su cariño y sus canciones.
Pero la calma de otro asilo tierno
no les hará olvidar su paz primera.
Las aves que destierra crudo invierno
tornarán con la dulce primavera.

Al destierro condénalas con saña
suerte para nosotros menos pía;
el eco del palacio y la cabaña
sus amorosos cantos repetía.
Al morador hechicen fortunado
de region mas tranquila y placentera.
Las aves que destierra invierno airado
tornarán con la dulce primavera.

Aves, que abandonais esta morada,
envidiamos de hoy mas vuestra ventura:
allá en el fondo nube condenada
se alza del Norte y con furor murmura.
¡Dichoso el que á merced de vuelo breve
seguiros un instante consiguiera!
Las aves que destierra invierno aleve
tornarán con la dulce primavera.

Ellas se acordarán de nuestro duelo,
y apenas se disipe la tormenta
hácia la encina tenderán el vuelo
do mil veces bramára turbulenta.
Para anunciar al valle fértil, puro,
gala mas esplendente y duradera,
las aves que destierra invierno oscuro
tornarán con la dulce primavera.

A. Ferrer del Rio.

Revista de la Quincena.

En setiembre calabazas, dice el adagio, para significar que uno no ha obtenido lo que desea, lo mismo que pudiera haber dicho, en setiembre melocotones, avellanas y acerolas, en setiembre capas y gabanes, frios y lluvias, ó para reasumirlo todo en una frase, en setiembre ferias, que asi las concibo yo, sin todo lo que atrás queda, como diputado sin patriotismo, felicidad sin dinero, ministro con pobreza, y amores sin celos. Y á fé que si las calabazas tienen semejante significacion, significacion que á mi entender viene de los melones malos, mas que fruto de setiembre puede asegurarse que lo es de toda estacion, de todos los dias, de todos los instantes. Y sino que alce el dedo el primero que haya obtenido lo que desea. El mundo, y cuanto en él se encuentra, es una pura calabaza; y querer aplicarla al mes de setiembre, lo tengo por una usurpacion. Lo que no puede negarse es que los últimos quince dias que acaban de pasar con la misma rapidez que nube de verano, son de los mas placenteros, no fueran sino tan rápidos, comparables al débil muro que separa á dos opuestos enemigos de la humanidad; al corto Istmo, que divide los inmensos mares, cuyas aguas, abrasadoras unas, heladas otras tienen los séres que surcar contínuamente en su existencia; el calor y el frio se hallan templados por tan cortos dias, que apenas sus goces pueden ser saboreados. Entretanto, y despues de terminadas como era de esperar, nuestras diferencias con el emperador de Marruecos, la Francia se felicita por lo mismo de la solucion que ha tenido la última campaña contra el mismo imperio, y de que continúen sin la menor interrupcion las buenas relaciones de paz y amistad, que iban haciendo imposible, con su aliada la Inglaterra, con motivo de la cuestion de Taiti, ya terminada. El monarca francés asciende á su querido hijo, el príncipe de Joinville, á la dignidad de vice-almirante de la marina francesa, y al mariscal Bugeaud, al vencedor de Isli, le premia sus servicios honrándole con el ducado de este nombre. La Francia en su ventajosa posicion, se contenta con que Abd-el-Kader sea declarado fuera de la ley, y perseguido por lo tanto á mano armada en toda la extension del territorio marroquí, y el ejemplar castigo de los jefes que violaron la paz é invadieron las posesiones francesas. El pueblo de París se prepara para recibir dignamente al hijo de su

rey, y entre otras disposiciones á este fin determina la celebracion de un gran *Te-Deum*, al que asistirán la familia real de Francia y todos los altos dignatarios del estado, y unas suntuosas exequias en los *Inválidos* por los que perecieron en Vuchda, Tánger, Mogador é Isli. Las acciones de estos tres últimos puntos serán trasladadas al lienzo por el asombroso pincel del primer artista de Francia Horacio Vernet, y colocados en el museo de Versalles en los respectivos huecos, en que se leen ya los nombres de tan famosas victorias. No solo por tan notables acontecimientos, le aguardan al pueblo francés dias de júbilo. Está ya fuera de duda que el enlace del duque de Aumale con la jóven princesa de Salerno tendrá lugar a la mayor brevedad, y harán mas solemne esta fiesta con su presencia los reyes de Nápoles, tios de la augusta prometida. El viaje del rey Luis Felipe á Lóndres está fuera de duda. Todos los artistas que han trabajado en el Album destinado á la reina Victoria que continúa en Escocia, admirando sus mas pintorescos sitios, y en donde ha recibido cartas de su tio en que fija su visita para el 9 de octubre, han sido llamados á las Tullerías, para que por su mano coloquen á presencia del rey los dibujos en el Album. Este es de un mérito singular, y aquellos en número de veinte y cuatro, representan las principales escenas de la visita que hizo la reina Victoria á Eu. El rey será quien se lo entregue por su mano en el palacio de Windsor. Le acompañarán en el viaje sus dos hijos los duques de Aumale y Montpensier á bordo del soberbio buque de vapor el *Gomer*. Luis Felipe ocupará en Windsor el salon de la reina, el del rey, el gabinete de los consejos y la sala contigua á la del trono, durmiendo en el cuarto en que se encuentra el magnífico lecho de Jorge IV. Por esta época pasarán tambien á Inglaterra los monarcas belgas, y el enlace del duque de Aumale tendrá efecto en cuanto regrese á Paris, donde encontrará ensanchadas y con suntuosos adornos las habitaciones que S. A. R. ocupaba en el palacio de las Tullerías.

Pero estos dias de regocijo para los súbditos de la Francia, no admiten punto de comparacion con el frenético entusiasmo, con el inefable gozo que anima á la Irlanda toda por la absolucion completa de su apóstol, por la libertad de su *grande agitador*, por el hombre en quien reflejan su destino; por O'Connell en fin, poderosa palanca, que ha de levantar el yugo de la Inglaterra que pesa sobre el pueblo Irlandes. Ningun soberano del mundo, ni los Césares, ni los Alejandros, es posible que alcanzáran ovacion mas completa. Conducido en hombros del pueblo, desde el aposento de su prision á un magnífico carro triunfal, todos á porfia, desde el poderoso hasta el humilde jornalero, desde el anciano, hasta el niño, las mujeres mismas, se disputaban como gloria el conducirle á su palacio de Merrion-Square. ¡Qué espectáculo tan grande, un pueblo entero durmiendo en torno de los muros de la prision, esperando cada cual el alba para ser el primero en saludar al gran libertador! Al salir de la penitenciaría llevando á sus lados á su hijo Juan, y á los demas compañeros de su prision: las campanas se echaron á vuelo, la ciudad entera se puso en movimiento, se improvisaron arcos triunfales, se adornaron vistosamente todas las fachadas, como por encanto las calles todas se cubrieron de olorosas flores, y las aclamaciones de cien mil almas al *Padre de la Patria*, poblaban los aires, anunciando al mundo tan grande soberanía: la alegría se pintaba en los semblantes; copiosas lágrimas desahogaban los corazones oprimidos por el gozo, y en medio de tan gran fermentacion, rodeado de comisiones populares y de la municipalidad de Dublin, se ostentaba magestuoso, atrayéndose las miradas de todos, ceñido de la esplendente aureola religiosa y popular, el orador de los tiempos modernos, el grande O'Connell, que por su elocuencia sublime ha sabido elevarse á la altura de los reyes. Para celebrar tan señalada victoria, el pueblo se abandona á su delirio: las novenas, los cánticos religiosos se oyen en todas las iglesias: los banquetes se suceden de continuo; no se interrumpen las felicitaciones; tremolan las gentes miles de banderas; las procesiones se ven por todas partes; grandes músicas se encuentran en las calles; fuegos artificiales iluminan la poblacion, queman inciensos las mujeres, discurren por la ciudad con antorchas encendidas, arden grandes hogueras en los valles y colinas circunvecinos, la noche es dia, el dia gloria, y tan asombroso cuadro se ofrece al mundo como el mas completo y acabado de cuanto puede el entusiasmo. Ahora parece que O'Connell piensa no salirse en lo mas mínimo del círculo de la ley, y fiar á la elocuencia de su palabra la libertad de la Irlanda, oponiéndose firmemente á todo acto quepudiera causar una revolucion.

El sexto congreso científico de sábios italianos, ha dado principio á sus tareas en Milan, siendo el mas numeroso que hasta el dia se ha conocido. Se divide en siete secciones; que son las de botánica, agricultura y tecnologia; geología y mineralogía, zoología, fisiologia y anatomia comparada; física y matemáticas, química, medicina y cirujía. La ciencia se promete grandes adelantos de esta reunion. Los sábios extranjeros son obsequiados con fiestas brillantes por la municipalidad de Milan, entre las cuales son dignas de citarse una náumaquia á imitacion de los antiguos romanos, un suntuoso baile de máscaras y alguna ópera nueva en la *Scala*.

Terminadas las elecciones en toda la monarquía, la única novedad política que nos ha dado la última quincena, ha sido la entrada del señor Martinez de la Rosa en el ministerio de Estado, cuyas ideas son bien conocidas de todos, y que ensayadas mas de una vez en la piedra de toque, no han dado por desgracia los mejores resultados. Los partidos tienen fija la vista en el hombre del Estatuto, quien es de presumir desarrollará su pensamiento político en el seno de la representacion nacional.

Las ferias absorben hoy la curiosidad del público madrileño: la calle de Alcalá es el punto donde concurren las gentes desocupadas desde las dos en adelante; y á decir verdad, en ninguna parte mas cómoda, ni mas á propósito puede celebrarse esta especie de fiesta popular. Las hileras de vistosos cajones, el gran número de puestos de fruta, los gritos desaforados que pregonan los ricos melocotones de Aragon, y las acerolas, (clase privilegiada de la estacion), los contínuos y hasta voluntarios apretones, producidos por la concurrencia, los variados incidentes, las significativas miradas, con otro sin número de toques que se encuentran en tan vistoso cuadro, entre los cuales son de notar los de mal género que sufren los bolsillos, presenta la calle de Alcalá un aspecto agradabilísimo, y mucho mas si la estacion es favorable. Los salones de la Academia donde tiene lugar la exposicion de pinturas, llaman tambien mucha concurrencia en estos dias. En nuestro próximo número, tendrán los lectores de *El Laberinto* la descripcion de las ferias, debida á la pluma de don Antonio Flores, y el artículo de bellas artes, en el que nuestro colaborador don Pedro Madrazo hará el juicio crítico de las obras que se han presentado este año en la Academia, con la severa imparcialidad y maestría de que siempre ha dado pruebas en esta clase de trabajos. Entre tanto, no podemos resistir al deseo de anunciar, que los cuadros que se llevan todas las miradas del público, todos los aplausos de las personas inteligentes, son los que ha presentado el jóven don FEDERICO MADRAZO. Campean entre estos, el retrato de doña Isabel II, y el del malogrado duque de Osuna, ambos de cuerpo entero. Preciso es confesar que son de las obras mas acabadas que hemos visto: ¡qué ropas, qué colorido, qué dibujo! ¡Parece imposible al contemplar aquellos lienzos, que la naturaleza pueda tener mejor intérprete que el pincel de tan estudioso artista! Orgullosa puede estar la España de contar entre sus hijos al que ha sabido colocar el arte á tan grande altura; orgullosa repetimos, de abrigar en su seno á quien haciendo abstraccion completa de las revueltas que la han agitado en estos tiempos, ha sabido darla gloria y lustre con la paleta y los pinceles. Reciba nuestro humilde parabien el señor Madrazo, que aunque humilde, algun valor tiene para quien solo al verdadero mérito le presta.

Pocas son las novedades teatrales de que tenemos que dar á cuenta á nuestros lectores. Al fin el coliseo del Circo ha franqueado sus puertas al publico, merced á un corto aumento de precio en las localidades, despues de haber hecho en él varias reformas, que si bien lo hermosean algun tanto, no justifican, como era de esperar, el encarecimiento de los billetes. Y no se nos diga que la compañia de ópera será la que corresponda á estos sacrificios, pues no creemos engañarnos al asegurar, por las noticias que tenemos, que sino de todo punto inferior á la que habia, serán de poca consideracion las ventajas que la lleve. Verdad es que la compañía de baile merece la pena, pero no lo es menos que ha dado de sí cuanto podia dar. ¿Qué novedad es hoy el baile para el público de Madrid? Lo hemos dicho y no cesaremos de repetirlo: creemos que ir mas allá de la *Linda Beatriz* le es imposible á la empresa, y todo lo que no sea mejorar en esta clase de espectáculos, es fastidioso para la concurrencia. No podremos negar que hasta el dia, solo al baile ha debido este Coliseo las buenas entradas que ha tenido, pero esa es la razon en que nos fundamos para creer que de hoy mas, la ópera será á la que el público se muestre mejor predispuesto y si esta no es como debe ser, como hay derecho á que sea, la empresa del teatro del Circo habrá de sufrir las consecuencias, hijas de lo errado de su cálculo. Mas de una semana ha pasado, despues de la reforma, sin que nos haya dado ninguna novedad escénica si se exceptua *El diablo Predicador* que el señor Arjona ha tenido la osadía de hacer, estando Guzman en Madrid, osadía que solo la ignorancia puede disculpar; y la piececita en un acto *Un error de ortografía* y que pudiera haber bautizado su autor con mas verdad titulándola *errar el camino, ó por aquí no me llama Dios*. Probablemente cuando vea la luz este artículo, el público habrá dado ya su fallo, acerca del mérito de algunas partes de la ópera. El señor Enzet, habrá hecho su primera salida con los *Puritanos* en reemplazo de Salvatori. Sentimos infinito que este artista á quien no conocemos personalmente, haya desoido nuestro desinteresado consejo, cuando le decíamos en algun periódico que podia fracasar su reputacion artística en la parte de que se ha encargado en esta ópera. Todavía estan muy frescos los laureles que alcanzára Salvatori, y si estamos persuadidos de que el señor Enzet es un bajo cantante de no poco mérito, para igualar al del *Belisario* y del *Furioso* se necesita ser artista eminente: de todos modos nada queremos aventurar: el público ha de ser juez antes que nosotros, y con arreglo á su fallo será el que nosotros demos en segunda instancia. Despues de esta ópera, parece que se cantará la *Favorita* y en seguida el *Nabuco* de Verdi, en la que se presentarán la señora Ober Rossi y el señor *Torre* de quienes tenemos noticias favorables, con especialidad de la primera. Tambien tratan de poner en escena *Roberto el Diablo* y el baile nuevo la *Pery*.

El teatro del Príncipe, nos ha dado una comedia en tres actos debida á la fecunda pluma del Señor Breton de los Herreros y que lleva por título *¡Cuidado con las amigas!* Despues de lo que han dicho la mayor parte de los periódicos acerca de esta produccion, unos con mas acierto que otros, poco nos queda que manifestar. Una doña Rufina, vieja y fea, pero rica, que no es remedio escaso á tan grandes males, es la heroina que aparece en primer término, en el cuadro que el poeta ha querido bosquejar, y aparece estrechada por los lazos nupciales, con cierto don Alejo, que es *cesante* y dicho se está, que el matrimonio es igual, porque cosa mas fea que la cesantía nada hay en el mundo, como tampoco hay nada que mas se parezca á la pobreza. Inmediato á este matrimonio asoma otro, próximo á verificarse entre los jóvenes Nazario é Irene. A poco que observe el espectador, notará en la fisonomía de Rufina una envidia reconcentrada hácia Irene y un deseo de venganza para con Nazario. En segundo término aparece otro matrimonio, que es el de un Conde y una Condesa y este, con todas las figuras de la composicion, jugando en un baile de máscaras De semejante cuadro ha sacado el poeta su argumento y fácil es concebir, que deseando Rufina estorbar el enlace por envidia á la jóven y vengan para con don Nazario que un tiempo la dijera *buenos ojos tienes*, y es de presumir que esto decia teniéndolos tapa los con careta; fácil es, repetimos, concebir, que siendo Rufina amiga de la Condesa, y encontrándose esta algun tanto resentida del desvio que la muestra su esposo, quiera aquella sacar partido para realizar sus deseos, haciéndola concurrir á un baile de máscaras, donde ya en otra ocasion se pagó de su gentileza don Nazario; y allí dar lugar á una porcion de situaciones que deben tener origen con la presencia del Conde á quien Rufina ha manifestado por escrito como la Condesa asistirá al baile, el traje que le servirá de disfraz, y el criminal amor que la conduce. Pero el señor Breton que ha querido dar enredo á su comedia, hace venir al baile á Irene, acompañada de su padre, con quien hace pocos momentos acaba de llegar de Valencia, y vistiéndola con un dominó igual al de la condesa, consigue el poeta su deseo á costa de alguna inverosimilitud. Efectivamente, don Nazario hace cocos á la Condesa, y cuando todos creen que su marido la coge en el garlito, es avisada oportunamente por don Alejo de todo, y el dominó, que era encarnado, lo convierte en azul volviéndole del revés; pero como Irene viste traje igual, el Conde sospecha que sea ella: insulta al que la acompaña creyendo amante al que no es sino padre, la dá á la niña un causon; la quitan la careta y al descubrir que aquel hermoso palmito no es el de su esposa, pide perdon al padre, y ofreciéndole éste su casa, se quedan en paz y cada cual se vá por su camino. En esto se hacen amigos el Conde y don Nazario en el salon de descanso; cuéntase cada cual sus aventuras, que es ni mas ni menos todo lo que ha visto ya el espectador, hasta que viene la condesa y disfrazando la voz, le dice á don Nazario que desea marcharse á casa: el Conde les ofrece su coche y se retiran los dos acompañados de don Alejo y de Rufina, la cual no cesa de buscar medios á fin de que se descubra el pastel. Aquí vuelve el poeta á enredar el asunto y á este fin idea el que se vuelque el coche y traigan otra vez al salon de descanso, á la condesa que la ha dado una congoja. Al llegar aquí no es ya posible que continue el enredo por mas tiempo. El Conde al prestar auxilio á la máscara descubre que es su esposa la condesa; despiértanse en el fondo de su pecho deseos de venganza; cree que don Nazario le ha estado engañando, cuando el infeliz no sabia hasta po-

cos momentos antes que estaba casada y concluye el acto desafiándose los dos, y con declarar rotos los lazos del matrimonio.

Veamos ahora cómo el señor Breton ha preparado el desenlace del enredo de su comedia. Diseminados los personajes durante los dos primeros actos en un baile de máscaras, claro es que la dificultad para reunirlos á todos sin violencia, tenia que subir de punto; pero el escritor, aunque no de una manera completa, y si á costa de alguna inverosimilitud, ha salvado todos estos inconvenientes, llevando el interés de la accion, la vida y el movimiento hasta la última escena. Doña Rufina, que ya en cierto modo tiene satisfecha su venganza, desea completarla, y al dia siguiente al baile de máscara, ya tenemos en la casa de ésta á la condesa que en la separacion de su esposo se ha ido á vivir con ella. A Irene y su padre, que al llegar de Valencia se fueron á hospedar allí por ser casa de toda confianza, á don Nazario que vá en busca de la Condesa, y al conde que sin saber que se encuentra en semejante casa su señora, lleva el deseo de visitar á Irene y á su padre, quienes le habian ofrecido la habitacion. Llega pues el momento de que doña Rufina crea su triunfo completo. Teniendo á don Nazario á su presencia, y obligando á Irene á que escuche á su amante, cree estorbar el enlace de estos dos jóvenes, haciéndole confesar la pasion que tiene á la Condesa; pero ésta, que no ha olvidado un instante sus deberes, sino inducida por una falsa amiga, rechaza con dignidad las palabras de don Nazario, y mientras tanto el Conde, que al encontrarse con aquella escena se ha escondido detrás de un biombo, escucha entusiasmado las dulces palabras de su esposa, hasta que se ve en la precision de tenerse que arrojar á sus pies. Entonces don Nazario lamenta su extravío, teme que llegue á oidos de su futura, á quien hace en Valencia, y al oir Irene semejante arrepentimiento, sale de entre la cortina y sorprende á su amante, entregándole su mano. El papá, que tambien tenia algo de mala educacion, y se escondió detrás del biombo, muestra repugnancia en confirmar semejante enlace, castigando de este modo los extravíos de don Nazario, pero al fin cede, y de esta manera hace mas amarga la situacion de doña Rufina, á quien todos han conocido por mala amiga.

Como nuestros lectores habrán tenido ocasion de observar por esta relacion la última obra del autor de *Un Tercero en discordia* y del *Cuarto de hora*, seria la mas acabada, si no faltára algo de lo que á aquellas las sobra. En esta hay enredo, hay unidad, se vé argumento, pero á nuestro entender carece de aquella gracia, de aquel sinnúmero de chistes que tanto abundan en otras producciones de este autor. No se entienda por esto que ¡*Cuidado con las amigas*! es una comedia vulgar, al contrario, contiene no pocas bellezas; y si aun con esto no hemos quedado satisfechos, es por el convencimiento íntimo que tenemos, de que el señor Breton cuenta con sobradas fuerzas para hacer muchísimo mas. Algunos periódicos han indicado los defectos de que adolece esta composicion: nosotros no lo haremos porque algunos de ellos saltan á la vista, y porque no necesita su autor que nosotros se los indiquemos para que él los note y se cuide otra vez de no incurrir en ellos. Diremos, sí, que á nuestro entender el personaje de don Alejo está de sobra, y que habiendo presentado soltera á doña Rufina, hubiera dibujado con mas verdad este carácter, y desarrollado con mas vigor las mezquinas pasiones que se ha propuesto pintar y amegir.

La ejecucion por parte de la protagonista fué detestable. La señora Bardan destruyó el efecto de la representacion, y es bien seguro que á ella es debido el que el señor Breton no fuera llamado á la escena. No indicarémos los defectos que la adornan á esta actriz, en primer lugar porque son muchos, y en segundo porque la creemos incorregible. Los demas hicieron cuanto les fué posible. Aconsejamos con este motivo á la empresa que se mire mucho en el reparto de papeles, y que teniendo una carecteristíca regular, no provoque, algun escándalo con poner en la escena lo que no sirve para representar mas que un mueble inútil. Para echar por tierra á un autor, no es necesario mas que un elemento, *Bardan*; ¡gracioso hubiera sido para el señor Breton, el que le hubieran silbado, su obra por mal desempeñada! Aun asi fué aplaudida y es cuanto ha podido apetecer.

Desearemos que la empresa continúe dando á estos teatros la posible animacion, y que los autores cómicos y dramáticos, hagan un esfuerzo para sacar á la escena española de tan lastimoso estado. Desde luego nos prometemos que esto será así, mucho mas sabiendo que animados varios escritores con el éxito que alcanzarán algunas de sus producciones, se han decidido á presentar la segunda parte de ellas. *La corte del buen Retiro*, *El pelo de la Dehesa* y *La rueda de la fortuna* aparecerán muy luego anunciadas sus y es de presumir, que el público que con tanto entusiasmo las recibió, tenga motivos para hacer otro tanto en esta ocasion.

Juan Perez Calvo.

LOS DOS ALELIES.

Altivo doble alelí,
Orgulloso con su brillo,
A humilde alelí sencillo
Imprudente hablaba así:

—

Mira el lujo con que ostento
En mi flor pétalos mil,
Engalanando el pensil
Del que soy bello ornamento.

—

La hermosa con blanca mano
Toma un ramo de mi flor,
La embalsamo con mi olor,
Y en su pecho brillo ufano.

—

De todos fijo la vista,
Y me cuida con esmero,
Desde el simple jardinero
Hasta el preciado florista.

—

Confinado tú á un rincon,
Y entregado á oscuro olvido,
Ni siquiera has atraido
Miradas de compasion.

—

Modesto, pero sensible,
El provocado alelí,
Al verse tratado así,
Repuso en tono apacible:

—

Tu infundada vanidad
Merece trato algo duro;
Mas solo el lenguaje puro
Oirás de la verdad.

—

Adquiriste el esplendor,
Cambiando por la semilla
Oropel de cascarilla,
Brillante, mas sin valor;

—

Y si de él haces alarde
Ante el sol de la mañana,
Pasó cual la sombra vana
Y no existe por la tarde.

—

Gozaste celebridad,
Que contigo ha de morir;
Yo consigo el porvenir
Dejando posteridad.

—

Tu soberbia está fundada
En el brillante ropaje:
Desnudándote del traje
¿Qué hallan en tu fondo? Nada.

—

—Justamente aplicaria
El diálogo que refiero
A muchos hombres del dia,
Follaje, palabrería,
Y en fondo de ideas... cero.

Pascual Fernandez Baeza.

ANUNCIO.

SUSCRICION.

MANUAL DE LITERATURA,

POR

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

PROSPECTO.

El tomo primero, publicado ya, comprende los principios generales de Retórica y Poética, y todas las reglas del buen decir, así en prosa como en verso. Esa primera parte, adoptada ya en muchos establecimientos de educacion, tiene la ventaja de presentar aquellos principios con método, claridad y concision, y sin estar sujeto al rigorismo de ninguna escuela, procurando el autor considerar la literatura en general bajo el verdadero punto de vista que hoy conviene. Huyendo tanto de la sequedad de algunos compendios, como de la cansada prolijidad de otras obras mas abultadas, este Manual no omite nada de lo que traen estas, y esplica las materias con mas filosofía que aquellos.

Los tres tomos siguientes comprenden la segunda parte que el autor prometió al publicar la primera, y se reduce á un resúmen de nuestra historia literaria.

En el segundo tomo, despues de manifestar los caractéres generales de nuestra literatura, se dá á conocer su origen, se recorren sus primeros ensayos, se presenta una idea general de los escritores del siglo XV y se pasa revista á los mas notables de los siglos siguientes, tratándose en capítulos separados de los poetas líricos, sagrados, épicos, didácticos, y por último se detiene el autor en los romances, no olvidando nunca presentar las diferencias que existen entre nuestra poesía erudita y la popular, haciendo ver cómo despues de caminar separadas y desconocidas la una por otra, se reunen para ostentar sus fuerzas en el teatro, cuya historia abraza todo el tercer tomo. En este se sigue una marcha semejante, asistiéndose á los primeros imperfectos ensayos de Juan de la Encina, y siguiendo todos sus progresos hasta Calderon. Los esfuerzos de nuestros eruditos para aclimatar en nuestro suelo el teatro antiguo, las farsas originales de Lope de Rueda y otros que solo obedecian á su inspiracion buscando lo que agradaba al pueblo, la lucha de las dos escuelas, los trabajos de Juan de la Cueva, Virués y otros para unirlas, y los triunfos de Lope de Vega que fijó definitivamente el carácter de la escena española, se presentan en esta parte con la posible claridad y con gran copia de ejemplos. Una vez encontrado el drama verdadero español, se sigue su vario desarrollo y las diferentes fases que va tomando en los sucesores de Lope, hasta que el genio de Calderon le muestra en su mayor altura, hundiéndose con este grande hombre en su tumba.

En el cuarto tomo se recorren nuestros principales escritores en prosa desde Cárlos V, distribuyéndolos en políticos, moralistas, críticos, sagrados, históricos y novelistas, inclusos en estos los libros de caballería, y concluyendo con el gran Cervantes. Por último, se dá una ojeada á toda nuestra antigua literatura, y se recorre rápidamente la del siglo XVIII, como no tan importante y tan digna de estudiarse como aquella.

Ademas de las reflexiones generales de que abunda esta obra para dar idea del carácter distintivo de las diferentes épocas y escuelas literarias, se dá de cada escritor una ligera biografía, se citan sus obras principales, se analizan su belleza y defectos, y se citan numerosos y largos ejemplos: de suerte que con este manual, no solamente adquirirán los jóvenes las reglas generales de la oratoria y de la poesía, si no un conocimiento cabal de toda nuestra literatura,

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra constará de cuatro tomos en 8.° menor español.

Los que gusten suscribirse pagarán solamente 12 rs. por tomo en rústica y 14 en las provincias francos de porte.

Toda la obra quedará impresa á fines de noviembre próximo, repartiéndose el tomo segundo á fines de setiembre, y el tercero á fines de octubre.

Los colegios y demas establecimientos de educacion que se suscriban por 12 ejemplares se les arreglará á 40 rs. cada uno ó sea á 10 rs. tomo rústica.

Se suscribe en Madrid librería de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas y en todas las casas de sus corresponsales, en las provincias y Ultramar.

Director, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX. EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.